

VICTOR LAVALLE



LA BALADA DE  
TOM  
EL NEGRO



Lectulandia

Charles Thomas Tester conoce la magia de un traje y la invisibilidad que puede dar la funda de una guitarra; sabe que la maldición escrita en su piel atrae la mirada de los blancos acomodados y sus policías. Se dedica a trapichear para comer, pero cuando entrega un libro a una enigmática hechicera en Queens, Tom abre la puerta a un ámbito mágico más profundo y despierta la atención de cosas que deberían haber seguido dormidas.

Victor LaValle

# La balada de Tom el Negro

ePub r1.0

Watcher 24-05-2020

Título original: *The Ballad of Black Tom*  
Victor LaValle, 2016  
Traducción: Pilar Ramírez Tello  
Arte de cubierta: Robert Hunt

Editor digital: Watcher  
ePub base r2.1

*Para H. P. Lovecraft,  
con todos mis sentimientos encontrados*

PARTE 1  
TOMMY TESTER

# 1

Los que se mudan a Nueva York siempre cometen el mismo error: no son capaces de verla. Es lo que sucede con Manhattan, aunque también con los barrios de la periferia, ya sean Flushing Meadows en Queens o Red Hook en Brooklyn. Llegan buscando magia, del tipo que sea, y no hay nada que los convenza de que no existe. No obstante, no es algo necesariamente malo. Algunos neoyorquinos habían aprendido a ganarse la vida gracias a este error de juicio. Charles Thomas Tester era uno de ellos.

La mañana que nos incumbe dio comienzo con la salida de Charles de su piso en Harlem. Lo habían contratado para realizar una entrega en una casa de Queens. Charles compartía vivienda con su padre enfermo, Otis, un hombre que llevaba en proceso de abandonar este mundo desde el fallecimiento de su esposa tras veintiún años de matrimonio. Habían tenido un único hijo, Charles Thomas, y aunque ya tenía veinte años, la edad indicada para independizarse, representaba el papel de hijo responsable. Charles trabajaba para cuidar de su padre moribundo. Trapicheaba para proporcionarle comida, techo y un dinerito extra para apostar de vez en cuando a un número. Sabe Dios que no ganaba para mucho más.

Salió de casa algo después de las ocho de la mañana, vestido con su traje de franela gris; los pantalones estaban impolutos pero gastados, y las mangas eran visiblemente cortas. Buena tela, aunque deshilachada. El conjunto otorgaba a Charles un aspecto concreto: el de un caballero sin la cuenta corriente de un caballero. Escogió los zapatos de cuero calado marrones con las puntas rozadas y el gorro con orejeras marrón chocolate, en vez del sombrero de fieltro. La visera del gorro evidenciaba tanto su edad como su uso, cosa que también era buena para sus trapicheos. Por último, se llevó la funda de la guitarra, esencial para completar el disfraz. La guitarra la dejó en casa con su padre postrado en cama. Lo que transportaba dentro de la funda era un libro amarillo, no mucho mayor que una baraja.

Cuando Charles Thomas Tester salió del piso sito en la calle 144 Oeste, oyó a su padre rasguear las cuerdas en el dormitorio de atrás. El anciano podía pasarse la mitad del día tocando el instrumento mientras cantaba al ritmo de la radio que tenía al lado de la cama. Charles esperaba llegar a casa antes del mediodía con la funda de la guitarra vacía y la cartera llena.

—*Who's that writing?* —cantó su padre con voz ronca pero, precisamente por ello, encantadora—. *I said who's that writing?*

Antes de marcharse, Charles le respondió con la última línea del estribillo: —*John the Revelator.*

Se avergonzaba de su voz, nada melodiosa, al menos si se comparaba con la de su padre.

En el piso, a Charles Thomas Tester lo llamaban Charles, pero en la calle todos lo conocían como Tommy. Tommy Tester, siempre con su funda de guitarra. No era porque aspirara a ser músico; de hecho, apenas era capaz de recordar un puñado de canciones, y su voz bien podría describirse, siendo amable, como temblorosa. Su padre, que se había ganado la vida como paleta, y su madre, que se dedicaba al servicio doméstico, adoraban la música. Él tocaba la guitarra y ella tenía un don para el piano. Aunque lo más natural habría sido que Tommy Tester acabara dedicándose al espectáculo, la pega era que le faltaba talento. Se consideraba un actor. Otros dirían que era un timador, un estafador, un defraudador, por mucho que él no lo viera de ese modo. Ningún embaucador que se precie se vería así.

Lo cierto es que, con la ropa que había elegido, tenía todo el aspecto de un deslumbrante músico vagabundo. Era de esos hombres que llamaban la atención, y eso le gustaba. Se dirigió a la estación de ferrocarril como si fuera de camino a tocar en una fiesta privada con Willie «The Lion» Smith. Y, efectivamente, Tommy una vez tocó con la banda de Willie, salvo que, tras una única canción, Willie lo había echado. Aun así, él llevaba aquella funda de guitarra como si fuera un orgulloso hombre de negocios que cargara con su maletín al trabajo. Las calles de Harlem se habían sumido en el caos en 1924, cuando los negros empezaron a llegar de las Indias Occidentales y meridionales. Una parte de la ciudad ya abarrotada de por sí se encontró con que tenía que alojar a más gente aún. A Tommy Tester le parecía muy bien. Pasear por Harlem a primera hora de la mañana era como convertirse en una gota de sangre dentro de un cuerpo enorme que se desperezaba. Ladrillos y argamasa, las vías elevadas del tren y kilómetros de tuberías subterráneas; la ciudad estaba viva. Día y noche, medraba.

Tommy ocupaba más espacio que la mayoría por culpa de su funda. En la entrada de la calle 143 tuvo que levantarla por encima de la cabeza para subir las escaleras que daban a las vías elevadas. El librito amarillo del interior daba tumbos, aunque no pesaba demasiado. Fue en tren hasta la calle 57 y allí hizo transbordo para coger la línea Corona de la BMT hasta la avenida

Roosevelt. Era la segunda vez que se desplazaba a Queens; la primera había sido cuando aceptó el trabajo especial que estaba a punto de cerrar.

Cuanto más se adentraba Tommy Tester en Queens, más destacaba. En Flushing vivían muchos menos negros que en Harlem. Tommy se caló un poco más el gorro. El conductor entró dos veces en su vagón y ambas se detuvo para hablar con él. Una vez le preguntó si era músico y acompañó la pregunta con un golpecito en la funda de la guitarra, como si fuera suya, y en la segunda ocasión le preguntó si se había saltado su parada. Los demás pasajeros fingieron desinterés, aunque Tommy los veía pendientes de sus respuestas, que él procuró no complicar: «Sí, señor, toco la guitarra» y «No, señor, todavía me quedan un par de paradas». Hacerse invisible, camuflarse, obedecer: eran trucos útiles para un hombre de piel negra en un barrio blanco. Técnicas de supervivencia. En la última parada, Main Street, Tommy Tester salió con todos los demás —en su mayoría inmigrantes irlandeses y alemanes— y bajó al nivel de la calle. Desde allí le quedaba un largo paseo.

Durante todo el camino, se maravilló de la amplitud de las calles y de las casitas adosadas. Aunque el barrio había crecido y se había modernizado mucho desde sus primeros tiempos, en los que no había más que granjas holandesas y británicas, para un chaval como Tommy, criado en Harlem, todo aquello era rústico, un desconcertante campo al aire libre. Los brazos abiertos del mundo natural le preocupaban tanto como los blancos, puesto que ambas cosas eran un misterio para él. Cuando se cruzaba con algún blanco por la calle mantenía la vista clavada en el suelo y los hombros caídos. Los hombres de Harlem eran famosos por sus andares, por sus zancadas de león, pero allí los ocultó. Así no lo detenían, por mucho que no dejaran de observarlo. Su disfraz y el arrastrar de pies funcionaban. Por fin, tras muchas manzanas de casas adosadas recién construidas, Tommy Tester llegó a su destino.

Se trataba de una vivienda privada, pequeña y casi perdida en una arboleda, ya que el resto de la manzana la ocupaba una funeraria. Aquel lugar crecía como un tumor en la casa de los muertos. Tommy Tester se metió en el camino de entrada y ni siquiera tuvo que llamar: antes de subir los escalones, la puerta principal se entreabrió. Una mujer alta y delgada ocupaba el umbral, medio oculta entre las sombras. Ma Att. Ese era el nombre que le había dado, el único al que ella respondía. Lo había contratado de aquel mismo modo: en el umbral, a través de una puerta entreabierta. Hasta Harlem había llegado el rumor de que la mujer necesitaba ayuda, y él era el tipo de hombre que le podía proporcionar lo que buscaba. Citado en su puerta para recibir un encargo sin que lo invitaran a entrar. Lo mismo sucedería en aquel momento.

Él lo entendía o, al menos, intuía la razón: ¿qué iban a pensar los vecinos si la mujer dejaba que los negros entraran tranquilamente en su casa?

Soltó el pestillo de la funda de su guitarra y la mantuvo abierta. Ma Att se inclinó hacia delante de modo que su cabeza se asomó a la luz del día. Dentro de la funda la esperaba el libro, más o menos del tamaño de la mano de Tommy. La cubierta y la contracubierta eran del mismo tono amarillento. En ambos lados habían grabado tres palabras: «Zig Zag Zig». Tommy no sabía lo que significaban ni tampoco quería averiguarlo. No había leído el libro, ni siquiera lo había tocado con las manos desprotegidas. Lo habían contratado para transportar el librito amarillo, y eso es lo que había hecho. Era el hombre adecuado para ese trabajo, en parte, porque era consciente de que no debía hacer nada más. Para dedicarse con éxito a los trapicheos era necesario perder la curiosidad y limitarse al cobro.

Ma Att miró el libro, todavía en la funda, y después lo miró a él. Parecía algo decepcionada.

—¿No has sentido la tentación de ojear el interior? —preguntó.

—Cobraría más por ese encargo.

A ella no le hizo gracia, se limitó a resoplar. Después metió la mano en la funda de la guitarra y sacó el libro. Se movió tan deprisa que el volumen apenas tuvo la oportunidad de recibir un rayo de sol, pero, aun así, al entrar en la oscuridad de la casa de Ma Att, un tenue rastro de humo apareció en el aire: hasta el más leve contacto con la luz del sol le había prendido fuego. La mujer le dio una palmadita a la cubierta para apagar la chispa.

—¿Dónde lo has encontrado?

—En Harlem hay un sitio llamado la Sociedad Victoria —respondió Tommy en un susurro—. Hasta los gánsteres más duros del barrio temen entrar. Ahí es donde la gente como yo adquiere los libros como el suyo. Y peores.

Tras esas palabras guardó silencio. Dejó flotar el misterio en el aire como si fuera el aroma del libro achicharrado. Ma Att llegó a inclinarse como si le hubiera enganchado el labio con un anzuelo. Sin embargo, Tommy no contó nada más.

—La Sociedad Victoria —susurró ella—. ¿Cuánto cobrarías por meterme?

Tommy examinó el rostro de la anciana. ¿Cuánto estaría dispuesta a pagar? Aunque le dio vueltas a la suma, negó con la cabeza.

—Me sentiría muy mal si le hicieran daño por mi culpa. Lo siento.

Ma Att observó a Tommy Tester para calcular hasta qué punto era mala aquella Sociedad Victoria. Al fin y al cabo, una persona que traficaba con textos como el amarillo que tenía en la mano no podía ser alguien débil.

Después, la mujer alargó un dedo y le dio unos toquecitos al buzón que estaba fijado a la pared de fuera. Tommy lo abrió y encontró su paga: doscientos dólares. Contó el dinero allí mismo, delante de ella. Con aquello tendría para seis meses de alquiler, gastos de la casa y comida incluidos.

—Será mejor que no sigas en este barrio cuando se ponga el sol —le dijo Ma Att, sin sonar demasiado preocupada por él.

—Estaré de regreso en Harlem antes de comer. No le recomiendo que lo visite, ni de día ni de noche.

Se llevó la mano a la gorra para despedirse, cerró de golpe la funda de la guitarra y se alejó de la puerta de Ma Att.

En el camino de vuelta al tren, Tommy Tester decidió buscar a su amigo Buckeye, que trabajaba para Madame St. Clair, la reina de la lotería ilegal de Harlem. Se le ocurrió probar suerte esa noche con el número de la casa de Ma Att. Si le tocaba, ganaría lo suficiente para comprarse una funda de guitarra mejor. Quizá incluso su propia guitarra.

## 2

—Tienes buenas cuerdas.

A Tommy Tester ni siquiera le hacía falta levantar la mirada para saber que había encontrado una nueva presa. No había más que fijarse en la calidad de los zapatos del hombre y en el extremo de su elegante bastón. Estaba punteando con la guitarra, todavía tomándole el pulso al nuevo instrumento, y tarareaba en vez de cantar porque así sonaba más como un músico con talento que cuando abría del todo la boca.

El viaje a Queens del mes anterior le había inspirado para ampliar sus horizontes. Las calles de Harlem se abarrotaban de cantantes, guitarristas y hombres con instrumentos de viento, y todos y cada uno de ellos lo dejaban a la altura del betún. Mientras que Tommy contaba con tres canciones en su catálogo, cada uno de aquellos tipos tenía treinta, trescientas. No obstante, cuando volvía de casa de Ma Att se dio cuenta de que no se había cruzado con ningún músico por el camino. Lo de los cantantes callejeros debía de ser más común en Harlem y en Five Points, o en las zonas más modernas de Brooklyn, pero una gran parte de la ciudad seguía siendo, en esencia, campo con ínfulas urbanas. Ninguno de los otros músicos de Harlem se subiría en un tren para ir a Queens o al Brooklyn rural con la esperanza de sacarles dinero a los inmigrantes que vivían en aquellas zonas de la ciudad, que tenían fama de austeros. Sin embargo, un hombre como Tommy Tester, que solo fingía tocar, lo haría sin lugar a dudas. Era muy probable que aquellos paletos irlandeses y checos no tuvieran ni puñetera idea de cómo sonaba el jazz de verdad, así que la versión de pega de Tommy destacaría de todos modos.

Al regresar de la casa de Ma Att había hablado del tema con su padre. Otis Tester, de nuevo, se ofreció a buscarle trabajo como albañil, que se uniera al oficio. Era un gesto amable, el intento de un padre amoroso, pero no funcionaba con su hijo. Aunque Tommy jamás lo diría en voz alta (le haría demasiado daño al anciano), a su padre trabajar en la construcción solo le había reportado unas manos nudosas y una espalda encorvada; nada más. Otis ganaba el salario de un moreno, no de un blanco, como solía ocurrir en 1924, e incluso esa miseria podía retenérsela el capataz si deseaba tener algo más de efectivo en la cartera. ¿Y qué iba a hacer un negro? ¿Quejarse a quién? Había un sindicato, pero a los negros no se les permitía unirse. Menos dinero y una paga errática era la descripción de su trabajo. Igual que mezclar la argamasa

cuando los peones no se presentaban. Las empresas que contrataban a Otis Tester, que siempre habían afirmado que era uno de ellos, lo habían sustituido el mismo día que su cuerpo por fin se rompió. Tanto Otis, que era un hombre orgulloso, como su madre habían intentado inculcar aquel sentido del deber en su único hijo. Sin embargo, la lección que había aprendido Tommy Tester era que más le valía contar con su propia forma de hacer dinero, porque el mundo no iba a ayudar a un moreno a enriquecerse. Mientras Tommy pagara el alquiler y llevara la comida a casa, ¿cómo iba a quejarse su padre? Cuando jugó el número de la casa de Ma Att, acertó, como soñaba que ocurriría, y se compró una buena guitarra con su funda. A partir de ese momento, Tommy y Otis pasaron muchas tardes tocando acordes hasta entrada la noche. Tommy había logrado afinar algo más, incluso.

No obstante, al final había decidido no regresar a Flush-ing, en Queens. Su premonición de chanchullero le decía que no era buena idea volver a cruzarse con Ma Att. Al fin y al cabo, al libro que le había dado le faltaba una hoja, ¿no? La última. Tommy Tester lo había hecho aposta, para que el tomo resultara inútil, inofensivo. Lo había hecho porque sabía muy bien qué era lo que le habían encargado buscar: el Alfabeto Supremo. No necesitaba leerlo para ser consciente de su poder. Dudaba mucho que la anciana quisiera el librito amarillo para una lectura ociosa. Tommy no había tocado el libro con las manos desprotegidas ni había leído una sola palabra del interior, pero había otros modos más seguros de conseguir arrancar la última hoja de pergamino. De hecho, aquella hoja se había quedado en su piso, doblada varias veces hasta formar un cuadradito y escondida en la caja de la vieja guitarra que siempre dejaba con su padre. Le habían advertido que no leyera las páginas, y él siguió la norma: el encargado de arrancar la última hoja había sido su padre, que no sabía leer. Su analfabetismo era su salvaguarda. Así se trapicheaba con lo arcano: se esquivaban las reglas, aunque sin romperlas.

Aquel día, Tommy Tester había llegado hasta la iglesia reformada de Flatbush, en Brooklyn; estaba tan lejos de casa como Flushing, con el aliciente de que carecía de hechiceras enojadas. Vestía el mismo traje que en su visita a Ma Att y había colocado el gorro con orejeras bocarriba, a sus pies. Estaba instalado frente a la valla de hierro del cementerio, lo cual resultaba algo teatral, aunque quizá las personas correctas se sintieran atraídas por la imagen: el músico de jazz negro con su desgastada dignidad cantando suavemente en el camposanto.

Tommy Tester conocía dos canciones de jazz y algo de blues. Tocó la melodía de blues durante dos horas porque sonaba más sombría. Ya no se

molestaba en cantar la letra, solo los acordes acompañados de su tarareo. Entonces apareció el anciano de zapatos caros y bastón. Se pasó un rato escuchándolo en silencio antes de hablar.

—Tienes buenas cuerdas —comentó al fin el desconocido.

Fue esa expresión, lo de las «buenas cuerdas», lo que confirmó que la actuación de Tommy había dado su fruto; el anciano quería que supiera que hablaban el mismo idioma. Tocó unos acordes más y acabó con una floritura. Al final, sonrojado y sonriente, levantó la mirada hacia el otro hombre. Era redondo y bajo, y llevaba el pelo alborotado, como el suave vilano blanco de un diente de león. Su barba estaba erizada y gris. No parecía una persona adinerada, pero solo la gente pudiente podía permitirse tal disfraz: había que ser rico para arriesgarse a parecer pobre. No obstante, los zapatos confirmaban su riqueza; y el bastón, que tenía un puño con forma de cabeza de animal y todo el aspecto de ser de oro puro.

—Me llamo Robert Suydam —se presentó. Después esperó, como si la mera mención de su nombre se mereciera una reverencia—. Voy a celebrar una fiesta en mi casa. Tocarás para mis invitados. Esas tonadas tan oscuras resultarán muy adecuadas.

—¿Quiere que cante? ¿Quiere pagarme para que cante?

—Ven a mi casa dentro de tres noches.

Robert Suydam señaló la calle Martense. El anciano vivía allí, en una mansión oculta dentro de un desorden de árboles. Le prometió a Tommy quinientos dólares por el trabajo. Otis Tester jamás había ganado más de novecientos dólares al año. Suydam sacó una billetera y entregó a Tommy cien dólares. En billetes de diez.

—Un anticipo —explicó.

Tommy dejó la guitarra dentro de su funda, aceptó los billetes y les dio la vuelta: eran de 1923; Andrew Jackson aparecía en el anverso. La imagen del Viejo Nogal no miraba directamente a Tommy, sino hacia un lado, como si acabara de ver algo justo detrás de su hombro derecho.

—Cuando llegues a la casa, debes decir una palabra y solo una para que se te permita la entrada.

Tommy dejó de contar el dinero, lo dobló dos veces y se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta.

—No puedo prometerte lo que sucederá si se te olvida —añadió Suydam antes de guardar silencio un instante para observar a Tommy—. Ashmodai. Esa es la palabra. Dila, que te oiga.

—Ashmodai —repitió Tommy.

Robert Suydam dio dos golpecitos en la acera con el bastón y se alejó. El músico lo vio recorrer tres manzanas antes de agacharse para recoger su sombrero y ponérselo. Después cerró la funda de la guitarra. Sin embargo, antes de dar un solo paso hacia la estación de ferrocarril, alguien lo agarró con fuerza por la nuca.

Aparecieron dos hombres blancos. Uno era alto y delgado; el otro, alto y ancho. Juntos se asemejaban a un número diez. El ancho le sujetaba la nuca a Tommy, que estaba convencido de que se trataba de un poli o de que lo había sido en algún momento de su vida. En Harlem llamaban a aquella forma de agarrar cogotes «el apretón de John». El delgado se quedó dos pasos atrás.

Con la sorpresa, Tommy olvidó la pose de sumisión que solía adoptar cuando lo detenían los polis. Se comportó como él mismo, como el hijo de su padre, un chaval de Harlem, un hombre orgulloso que no se tomaba bien que le jodieran.

—Se está pasando un poco —le dijo al ancho.

—Y tú estás muy lejos de casa —repuso él.

—No sabe dónde vivo —le soltó Tommy.

El ancho metió la mano en el abrigo de Tommy y sacó los billetes de diez dólares.

—Te hemos visto aceptarle esto al anciano —empezó—. Ese hombre forma parte de una investigación en curso, así que esto son pruebas.

Se metió el dinero en los pantalones y miró a Tommy para evaluar su reacción.

—Asuntos policiales —comentó el músico tranquilamente, y dejó de pensar en que el dinero había sido suyo alguna vez.

—Él es policía —aclaró el ancho, y señaló al otro—. Yo soy detective privado.

Tommy miró del detective al poli. Alto y delgado, chupado de cara, tenía ojos fríos y calculadores.

—Malone —se presentó por fin—. Y este es...

El ancho lo interrumpió.

—No necesita saber mi nombre. Tampoco necesitaba saber el tuyo.

Malone parecía exasperado. Aquella rutina de tipo duro no era su estilo, se notaba. Tommy Tester había calado deprisa a ambos; el detective tenía los modales de un bruto, mientras que el otro, Malone, le resultaba demasiado sensible para el trabajo policial. Reflexionó que quizá el hombre hubiera permanecido dos pasos atrás para mantenerse alejado del detective cretino, no de Tommy.

—¿Qué relación tiene con el señor Suydam? —le preguntó el detective privado mientras le quitaba el sombrero y miraba dentro, por si había más dinero.

—Le ha gustado mi música —respondió él. Después, ya lo bastante calmado como para recordar la situación, añadió otra palabra a toda prisa—. Señor.

—He oído tu voz. A nadie puede gustarle eso.

A Tommy Tester le habría gustado discutirlo, pero incluso un bruto corrupto y violento podía dar en el clavo de vez en cuando. Robert Suydam no iba a pagarle quinientos dólares por su voz. Entonces, ¿por qué?

—Ahora el inspector Malone y yo vamos a seguir paseando con el señor Suydam para mantenerlo a salvo. Y tú te irás de vuelta a casa, ¿verdad? ¿Dónde está tu casa?

—En Harlem. Señor.

—Cómo no —comentó Malone en voz baja.

—Pues a casita, a Harlem —añadió el detective privado.

Le volvió a colocar el gorro en la cabeza a Tommy y le echó a Malone una breve mirada de desprecio. Después se volvió hacia el camino que había seguido el anciano, y solo entonces se acercó Malone a Tommy. De cerca, el músico percibía una especie de tristeza en el flaco inspector. Sus ojos lo delataban como un hombre decepcionado con el mundo.

Tommy esperó antes de agacharse para recoger la funda de la guitarra. No pensaba hacer movimientos bruscos delante de un poli, por muy taciturno que fuera este. Que Malone no fuera tan duro como el detective privado no significaba que fuese blando.

—¿Por qué te ha dado ese dinero? En serio.

Lo preguntó, aunque parecía dudar de recibir una respuesta sincera. La expresión de sus labios y sus ojos entornados daban a entender que sondeaba una respuesta a otra pregunta. Tommy temió que mencionara la actuación en la casa de Suydam tres noches después. Si no les había gustado que hablara con el anciano en la calle, ¿cómo reaccionarían al saber que pensaba visitar su hogar? El músico había perdido cien dólares por culpa del detective privado, pero de ningún modo pensaba renunciar a la promesa de cuatrocientos dólares más. Decidió interpretar un papel que siempre funcionaba con los blancos: el del negro tonto.

—No sabría decirle, señor —empezó con su mejor acento de Harlem—. No soy más que un simple músico callejero.

Malone estuvo a punto de sonreír por primera vez.

—Tú no eres nada simple —le dijo.

Tommy lo observó alejarse para alcanzar al detective. Unos segundos después, el agente volvió la vista atrás y añadió:

—Y haces bien en no acercarte por Queens. ¡Esa vieja no está nada contenta con lo que le hiciste a su libro!

Malone se marchó, y Tommy Tester se quedó donde estaba, sintiéndose expuesto —*visto*— de un modo que nunca antes había experimentado.

—¡Usted es poli! —le gritó—. ¿No puede protegerme?

Malone lo miró de nuevo.

—Las armas y las placas no asustan a todo el mundo.

### 3

El mejor amigo de Tommy, Buckeye, había llegado a Harlem en 1920, con dieciséis años. A los catorce había salido de la diminuta isla caribeña de Montserrat para trabajar en el canal de Panamá, y de Panamá había pasado a los Estados Unidos, en concreto a Harlem. Esperaba dedicarse al mismo trabajo que en el canal, la construcción, pero no tardó en descubrir lo que Otis Tester sabía desde hacía tiempo: que los negros no tenían protección alguna. Buckeye se rompió el tobillo a los diecisiete años y se encontró sin su jornal durante dos meses. Cuando por fin pudo volver a su puesto, ya lo habían cubierto; además, el tobillo no se curó del todo. No era capaz de apoyarse en él durante tantas horas, ni tampoco levantar mucho peso sin que le cediera. Al poco de aquello dio con Madame St. Clair y su famoso garito de lotería. La mujer lo contrató porque necesitaba hombres caribeños que conocieran y contaran con la confianza de los recientes inmigrantes de las Indias Occidentales. Madame St. Clair se adaptaba a los tiempos que corrían y por eso medraba. Los sobornos periódicos a la policía local también ayudaban, claro. Buckeye conoció a Tommy Tester en ese entorno. Tommy tocaba en uno de los clubs con los que el otro tenía negocios. Una noche, Buckeye se colocó al lado del músico en la barra y le preguntó dónde había aprendido a cantar tan mal: ¿había dado clases o era un don de nacimiento? Se hicieron amigos íntimos.

Ahora, Tommy Tester sacaba a su padre de casa y lo conducía calle abajo. Al regresar del encuentro con Robert Suydam, Malone y el detective privado, decidió que necesitaba salir un rato. Tardó en convencer a Otis de que lo acompañara. Su padre nunca abandonaba el piso y apenas ponía un pie fuera del dormitorio. Era como un perro que se esconde en la oscuridad para poder morir a solas, pero Tommy tenía otros planes. O quizá fuera que necesitaba demasiado a Otis como para permitir que se marchara tan fácilmente.

Buckeye había dejado una invitación con fecha abierta para Tommy en la Sociedad Victoria, sita en la calle 137. Aunque era un breve paseo de siete manzanas, por culpa de la mala salud de su padre tardaron media hora en llegar.

La Sociedad Victoria constaba de tres modestas salas en la segunda planta de un edificio de viviendas. Era un club social caribeño. Si seguían calle abajo, Tommy y Otis estaban en el Harlem negro; al entrar en la Sociedad

Victoria viajaban a las Indias Occidentales británicas. De las paredes del largo pasillo colgaban las banderas de todas las naciones del Caribe, más una de Gran Bretaña al final. En el umbral que llevaba al conjunto de habitaciones, Tommy Tester tuvo que dar tres veces el nombre de Buckeye. El portero no se inmutó hasta que usó el nombre de nacimiento de su amigo: George Hurley. Funcionó a pedir de boca.

Su padre y él siguieron al guardia sin acercarse demasiado. Una de las salas de la sociedad estaba reservada para los que jugaban a las cartas o al dominó; en la segunda vieron a varios hombres sentados en sillones mientras fumaban o escuchaban música a un volumen respetable; y en la tercera había mesas plegables con manteles y sillas para las comidas. Buckeye había invitado a Tommy a la Sociedad Victoria muchas veces desde que eran amigos, pero nunca había acudido hasta entonces. Notó un picor en la cara, como una bofetada: ¿era aquél el lugar que había descrito a Ma Att? ¿El sinónimo de vicio y perversión? ¿El sitio al que incluso los peores delincuentes de Harlem temían acercarse?

Creía conocer la clase de local de la que se trataba. Su amigo vendía papeletas para la mafiosa más conocida de la ciudad de Nueva York, así que la Sociedad Victoria bien podría haber sido uno de aquellos legendarios fumaderos de opio. ¿O acaso Tommy había dado por sentadas cosas terribles sobre la naturaleza de la nueva oleada de inmigrantes de las Indias Occidentales? Los negros estadounidenses de Harlem intercambiaban horrorosos cotilleos sobre los recién llegados, y ahora descubría que la sociedad bien podría haber sido un salón de té británico. Se sentía un poco decepcionado. Había llevado allí a su padre para ofrecerle una noche escandalosa. Se decía que las mujeres bailaban casi en cueros, tan cerca de ti que solo les faltaba sentársete en el regazo. Entrar allí, ver aquel lugar tal y como era en realidad, fue como averiguar que existía otro mundo dentro del (o paralelo al) mundo que siempre había conocido. Peor aún, durante todo aquel tiempo su ignorancia le había impedido percatarse de ello. La idea era tan molesta como una muela picada.

Tommy y su padre se sentaron, y Otis dejó escapar un profundo suspiro. Tardó un buen rato en adaptarse a la silla y reducir su dolor de espalda en la medida de lo posible. Se movía como un anciano. Otis Tester tenía cuarenta y un años.

Una mujer delgada se acercó a la mesa para ofrecerles la cena que había preparado en su cocina y que llevaba allí para vender. Era trinitense. Tenía los platos ya servidos y los paseaba por la sala en un carrito. *Saheena*, ensalada

picante de piña y pastel de macarrones. Un cuenco de sopa de pata de res. Vasos altos llenos de zumo de fruta de la pasión. La comida completa para dos costaba un dólar. Tommy pagó.

—No sé qué son estas cosas —comentó Otis mientras contemplaba el plato que tenía delante como si fuera a morderle—. ¿Por qué no hemos ido al bar de Bo?

Tommy se quedó mirando a la mujer de Trinidad porque le recordaba a su madre: la figura enjuta y los andares de pies planos. Irene Tester, fallecida hacía ya cuatro años. La gente que la conocía la llamaba Michigan porque no dejaba de hablar del sitio del que procedían sus padres. Se desmayó en un autobús y murió con treinta y siete años, entre desconocidos. La vida de empleada doméstica acabó con ella igual que la construcción había acabado con Otis. Tommy miró a su padre y se preguntó si él también estaría pensando que la trinitense se parecía a Irene, pero el anciano se limitaba a observar los platos, perplejo.

—Venga, vamos —lo animó su hijo—, seguro que encuentras algo que te guste.

Otis examinó la mesa en busca de algo reconocible. Después cogió el tenedor y pinchó un poco el pastel de macarrones.

—Esto es queso con pasta, ¿no?

Tommy Tester hincó cuchillo y tenedor en su ración, se llevó una porción a la boca y masticó. Después de tragar, asintió con la cabeza, aunque su padre siguió jugueteando con la comida, como si no confiara en su vástago. Al final dejó el tenedor sin comer nada.

—Bueno, y ¿cuánto dices que te va a pagar ese blanco?

—Cuatrocientos dólares.

—¿Solo por tocar en su fiesta? —preguntó Otis. Después se acercó el vaso de zumo de fruta de la pasión a la nariz, lo olisqueó y lo dejó en la mesa—. ¿Solo para que tú, precisamente, toques en su fiesta?

Tommy masticó un trozo de piña. Estaba dulce, pero no tardó en notar el efecto del zumo de lima y el chile, y se tragó el zumo de golpe para refrescarse la garganta.

—Eso dijo.

Su padre alzó las manos y las separó todo lo que pudo.

—Esta es la distancia entre lo que un blanco le dice a un negro y lo que de verdad quiere decir.

Tommy lo sabía, por supuesto. ¿Acaso no llevaba ya veinte años viviendo en los Estados Unidos? Todo su negocio de trapicheo —el

«entretenimiento»— se basaba en la idea de que la gente tenía motivos ocultos para contratarlo.

Cuando se vestía con la ropa raída y se hacía pasar por músico de blues o de jazz, o incluso por un negro dócil, sabía que aquel papel le otorgaba poder, por así decirlo. Si le das a la gente lo que espera, puedes sacarle lo que necesitas. No se percatarán de que los has exprimido hasta que estén secos. A fin de cuentas, Ma Att le había pagado para que le entregara un artículo sin valor alguno, ¿no? Si debía interpretar el papel de medio mafioso para que le pagaran, que así fuera. Encarnaba el personaje que hiciera falta para engrosar su cuenta bancaria. Sin embargo, a su padre aquello le sonaría a delincuencia. O a degradación. El hombre magnificaba lo que era la dignidad. La nobleza era un trabajo que no salía a cuenta, en opinión de Tommy.

—Tendré mucho cuidado, papá.

Otis Tester observó a su hijo sin decir nada. Aunque el ruido del comedor fue en aumento a medida que se iba llenando, una especie de burbuja silenciosa de cautela rodeaba su mesa. Otis era el padre de un chico de veintiún años que acababa de explicarle alegremente que pensaba ir a Flatbush en plena noche, al hogar de un hombre blanco. Era como si le hubiera contado a su progenitor que iba a luchar contra un oso.

—Cuando abandoné la ciudad de Oklahoma seguí las vías del tren, de vagón en vagón. Así hasta el este.

No era ni la primera ni la quingentésima vez que Tommy escuchaba aquella historia, así que comió para no expresar su decepción. ¿Es que Otis no había oído lo más esencial? Se trataba de cuatrocientos dólares, nada más y nada menos.

—Evité cruzar Arkansas —siguió contando su padre—. Ya fueras de piel negra, blanca o roja, en Arkansas eran muy duros con los vagabundos. Tenían trabajos forzados, ya sabes, con cadenas de presidiarios. Fui a San Luis Oriental, hasta Evansville. Me sacaron una vez del tren, en Decatur. No iba directo para allá. Como era muy joven, sentía la necesidad de verlo todo.

Al final, Otis Tester empezó a comerse el pastel de macarrones, como si narrar la historia le abriera el apetito. Le dio un bocado y lo masticó con cautela, pero después del primero se zampó dos más.

—Como decía, me sacaron del tren en Decatur. Y entonces fue cuando resultó que tenía que usar la cabeza. —Mientras hablaba se arriesgó con la bebida. Estaba claro que el zumo le gustaba. Bebió despacio y dejó el vaso—. Tuve que usar esto.

El hombre se desabrochó los dos botones de arriba de la camisa allí mismo, en el comedor. Tommy se tensó como un crío de cinco años que teme que su padre esté a punto de avergonzarlo en público. Sin embargo, antes de poder regañarlo o intentar taparlo, el anciano se sacó algo que llevaba al cuello, colgado de un cordón basto. Lo desenganchó y lo agarró con una de sus callosas manos mientras volvía a abotonarse la camisa. Tommy se echó hacia delante para intentar ver de qué se trataba. Otis Tester extendió el brazo y abrió la mano.

En la palma tenía una navaja de afeitar.

—La llevé conmigo durante toda mi ruta en los trenes. Blanco, negro o piel roja, no iba a ser presa fácil para nadie.

Dio un buen golpe con el extremo de la navaja en la mesa.

—En Decatur se lo dejé bien clarito a algunas personas —añadió.

Tommy miró la navaja y después a su padre. Durante toda su vida había considerado a sus padres firmes pilares que soportaban, impasibles, el techo de su mundo. Gente de fiar, que lo apoyaba, aunque sin nada destacable. Pensar de repente en Otis de adolescente defendiéndose con semejante arma... Aquel pasado se convirtió en otro mundo, en una nueva dimensión de la que no había sido antes consciente. Por segunda vez sintió el escozor, el dolor de la revelación.

Cogió la navaja de la mano de su padre y se dio cuenta de que al hombre le temblaban los gruesos dedos.

—Ya eres un adulto y no puedo evitar que vivas tu vida —le dijo Otis—. Ni quiero hacerlo. Pero no vas a entrar en casa de ese blanco sin armas ni sentido común. Si algo te huele mal, te largas y vuelves conmigo.

Tommy Tester asintió con la cabeza, sin hablar. En aquel momento no podía.

—Me da igual que tengas que derramar sangre para conseguirlo, pero cuando acabes el trabajo quiero que salgas de esa casa y vuelvas conmigo.

Otis pretendía sonar duro, decidido, severo, pero Tommy se dio cuenta de que no había visto nunca tan asustado a su padre.

—¿Me oyes? —insistió.

—Sí, señor —contestó por fin.

Comieron en silencio y, cuando terminaron, salieron de la Sociedad Victoria. Solo bastaba descender un tramo de escaleras para volver a encontrarse en Harlem. Tres noches después, Tommy visitaría la mansión de Robert Suydam. Ahora comprendía que se trataba de un viaje a otro universo.

El miedo de su padre era comprensible: su hijo estaba a punto de marcharse muy lejos.

—¿Por qué te has traído esa navaja a la cena? —le preguntó Tommy—. Ni siquiera sabía que la tenías.

—Me dijiste que me ibas a llevar a la puñetera Sociedad Victoria —respondió Otis, a punto de reírse—. Se me ocurrió cogerla por si esos caribeños se volvían locos. ¡Pero creo que tú y yo éramos los negros más peligrosos de ese sitio!

El joven iba del brazo de su padre para ayudarlo a caminar. La otra mano la tenía metida en los pantalones, agarrada al arma.

—Si vas a tocar en esa fiesta —añadió Otis Tester mientras paseaban—, tengo que enseñarte otra canción. Es antigua, pero tiene un algo. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Te voy a armar con la navaja y con la canción. Me la enseñó tu madre. Música de conjuros. La practicaremos estos tres días hasta que la aprendas.

—Sí, pa.

Era última hora del viernes por la noche en Harlem, y las calles estaban más llenas que entre semana. Tommy Tester disfrutaba de aquella cercanía, tanto con su padre como con todos los cuerpos de las aceras, de los coches, de los autobuses, sentados en los porches. El tráfico y las voces humanas se mezclaban en un zumbido descomunal que parecía elevarlos a los dos, en una canción que los acompañaba —que los llevaba— a casa.

## 4

Habían transcurrido tres días, y aquella era la tercera noche, la noche en que Tommy Tester debía abandonar la seguridad de Harlem. Siguió la misma ruta a Flatbush que el día de su encuentro con Robert Suydam, aunque esta vez el viaje lo intimidaba más porque ya se había puesto el sol. Si por la mañana destacaba entre los viajeros del tren, por la noche era como si llevara una estrella en la mano, en vez de una funda de guitarra. Todo el vagón lo miraba con ojos entornados. En cuatro ocasiones, cuatro hombres blancos distintos le habían preguntado adónde iba exactamente. No era con ánimo de ofrecerle ayuda para llegar: de no haberles dado la dirección precisa (la mansión de Robert Suydam en la calle Martense), seguro que lo habrían echado del tren. O debajo del tren.

Cuando llegó a la estación empezaron a seguirlo tres jóvenes que hablaban muy alto. Ese detalle le preocupaba. Tommy intentó con todas sus fuerzas no escuchar porque sabía que pretendían asustarlo. Si les gritaba algo, si se volvía para pelear, sería el final de su noche y, en vez de dinero, se ganaría un viaje a la cárcel. Las calles de Flatbush se fueron quedando desiertas a medida que se adentraba en la zona residencial, y los jóvenes aceleraron el paso. Tommy llevaba la navaja de su padre al cuello como si se tratara de un amuleto, aunque ni siquiera eso le serviría de algo contra tres hombres.

Cuando llegó a la arboleda que rodeaba la casa de Suydam, los tres jóvenes estaban tan cerca que Tommy los sentía pegados a los talones. A uno lo tenía justo detrás, y el desconocido no dejaba de darle a la funda de la guitarra con la punta de un pie. Ya veía la mansión, que era de dos plantas y emitía una tenue iluminación que atravesaba los árboles. De haber estado solo, aquella estampa le habría resultado aterradora, pero la presencia de sus escoltas lo impulsó a correr hacia ella. Cruzó hasta alcanzar la propiedad del anciano; si llegaba a la puerta, quizá lograra entrar antes de que los chicos blancos le dieran el primer golpe. No se percató de que corría hasta que se quedó sin aliento.

Al mirar atrás, comprobó que los tres jóvenes ya no lo seguían; se habían parado junto a la valla de la finca. Lo más curioso era que no lo miraban a él, sino la casa de Suydam. Se encogían de miedo ante ella. Tommy por fin se

dio cuenta de que los chicos eran menores que él, rondaban los quince o dieciséis años. Niños. Que contemplaban la casa de Suydam con temor.

La sensación de alivio le recorrió todo el cuerpo. Se agachó para buscar una piedra. Encontró una del tamaño de una pelota de béisbol y la sopesó. Después dejó la guitarra con la intención de acertar al más grande de los tres. Seguían sin mirarlo. Era como si la casa los hipnotizara. ¿Qué mejor momento para apuntar bien? Deseó en silencio que la roca les sacara un ojo.

Entonces se abrió la puerta de la mansión, apenas un chirrido detrás de Tommy, lo justo para que los tres chicos dieran un brinco, literalmente. Salieron corriendo como gatitos nerviosos y gimoteantes. Se oyó un gruñido en el umbral cuando alguien salió al porche de madera que rodeaba la casa.

—Si dejas ciego a uno, llamarán a la policía.

No lo decía para regañarlo, sino casi como si le hiciera gracia. Al volverse, se encontró con Robert Suydam, que bajaba los escalones con una mano extendida. Tommy le dio la piedra, y el otro hombre la sopesó tal como había hecho Tommy antes. En vez de devolverla al suelo, se la metió en uno de los bolsillos del abrigo y, a continuación, miró al recién llegado, expectante. El momento se alargó. Suydam esperó. Tommy tardó todo un minuto en recordar la palabra que le había indicado que usara.

—Ashmodai —dijo al final, en voz baja.

Robert Suydam asintió, se giró y subió los escalones del porche. Cuando entró en la mansión, dejó la puerta principal abierta para que Tommy lo siguiera.

## 5

El camuflaje de árboles que rodeaban la mansión servía para ocultar su edad y su decadencia, pero dentro no había disfraz alguno. Los tablones del suelo estaban viejos y descuidados, astillados y repletos de remiendos. Cuando Tommy entró en la casa, una única lámpara eléctrica iluminaba el vestíbulo, y lo mismo ocurría en las tres habitaciones de la planta baja. Por tanto, los bordes de cada uno de los cuartos permanecían entre las sombras y a Tommy le resultaba difícil aprehender las verdaderas dimensiones de los espacios. Era como si la mansión fuera más grande por dentro que por fuera. El olor a viejo, que hablaba de un tiempo indeterminado, se había aposentado en la casa con su tufo a moho, como si por allí jamás soplaran los vientos del presente.

Robert Suydam condujo a su invitado por el largo pasillo de la planta baja, y Tommy se aferró al asa de la funda de la guitarra como si se tratara de un salvavidas cuya cuerda atravesara la puerta principal, bajara por los escalones, saliera al patio, abandonara Flatbush, regresara por el tren a Harlem y llegara a manos de su padre. El anciano avanzaba casi al trote. La funda de la guitarra se bamboleaba como cuando los chicos blancos la habían pateado. En dos ocasiones estuvo a punto de escapársele de la mano, pero Tommy no se atrevió a volver la vista atrás para escudriñar la oscuridad del largo pasillo, sino que prefirió caminar más deprisa.

Suydam abrió unas puertas dobles y entró en un cuarto tan iluminado que Tommy tuvo que entornar los ojos al seguirlo al interior. En cuanto estuvieron dentro, el dueño de la casa cerró primero una puerta y después la otra. Justo antes de cerrar la segunda, el anciano se asomó al pasillo. El joven percibió con claridad que alguien más lo había seguido. Después, Suydam habló (una única palabra mascullada, ¿una orden?), cerró del todo la puerta y echó la llave.

Solo entonces pudo Tommy girarse para observar la habitación de altos techos. Debía de ocupar el mismo espacio que el piso que compartía con Otis. Quizá más. Contaba con tres descomunales paredes de estanterías empotradas, todas llenas de libros. Además de los volúmenes de los estantes, había más esparcidos por el suelo, torres de tomos apilados hasta la altura de los hombros de Tommy.

—Los he leído todos —comentó Suydam—. Y todavía me queda mucho por aprender.

El joven sostenía la funda de su guitarra junto al costado, como si fuera un fusil en alto.

—Diría que se ha ganado un descanso.

El anciano negó suavemente con la cabeza.

—Ojalá hubiera tiempo para descansar.

Después se dirigió al otro extremo del cuarto, hacia las altas ventanas que ocupaban la cuarta pared. Junto al alféizar había un único sillón, en el que se sentó. Le colgaban los pies, que no tocaban el suelo. Era un espectáculo curioso, puesto que no se trataba de un hombre bajo, y el sillón tampoco parecía más grande de lo normal. Los zapatos del anciano se balanceaban a unos siete centímetros del suelo de madera, y Tommy los contempló, desconcertado por la incongruencia. Entonces, como si Suydam se hubiera percatado del interés de su acompañante, los pies bajaron hasta el suelo. Sin embargo, el hombre no había movido el resto de su cuerpo. Era como si el anciano hubiera logrado, a través de algún poder, que le crecieran las piernas a voluntad. Visualmente era muy extraño. De hecho, al chico le entraron náuseas. Apartó la vista y volvió a mirar, y los pies de Suydam estaban bien plantados en el suelo, sin lugar a dudas. El anciano agitó una mano para llamar la atención de Tommy.

—¿Querías tocar ahora? —preguntó con un tono incisivo, como si intentara centrar la atención de Tommy en algo que no fuera la rareza —el cambio de forma— que estaba seguro de haber observado.

El joven miró a su alrededor. Los únicos invitados parecían ser los libros.

—La fiesta es mañana por la noche —le aclaró Suydam—. Sin embargo, me apetecía reunirme primero contigo hoy. No pensarías que iba a pagarte tanto por una sola actuación, ¿no?

—No, señor —respondió Tommy—. Lo que usted prefiera.

Abrió la funda y sacó el instrumento.

De hecho, sí que esperaba cobrar por tocar una sola noche puesto que eso es justo lo que le había prometido aquel hombre hacía tres días. Pero la realidad de los ricos se rehace a discreción.

Suydam se metió una mano en el bolsillo y le enseñó un fajo de billetes tan grueso que ahogó todo el orgullo de Tommy Tester. Después lo dejó en el alféizar y sonrió al joven. Tommy rasgó y tocó como se esperaba de él. El anciano miraba por la ventana.

Por suerte, el hombre deseaba más hablar que oír tocar a Tommy, que, al fin y al cabo, solo contaba con cuatro canciones en su repertorio, incluida la que le acababa de enseñar su padre. Después de tocarlas durante casi treinta

minutos, le dolían una barbaridad los dedos, los hombros y los riñones. Empezó a tocar más despacio, a rasguear con menos intensidad, hasta que se limitó a tararear entre los viejos libros de la cavernosa biblioteca. Por fin, Suydam, que no había apartado la vista ni una sola vez de los ventanales, se aclaró la garganta y habló.

—Y creo que un terrible saber no ha muerto todavía —dijo.

Suydam no hablaba con Tommy, sino que recitaba algo a medio recordar. No obstante, el joven, todavía un poco aturdido por lo extraño de aquel encuentro, respondió:

—¿Cómo dice, señor?

Al instante, se arrepintió de la pregunta.

Robert Suydam apartó la vista de las ventanas, irritado, y lanzó una mirada asesina a Tommy, como si hubiera atrapado a un ladrón que intentara colarse en su casa. En circunstancias normales, si un blanco le echaba una mirada semejante contaba con una serie de defensas bastante útiles: mirarse los pies con cara de consternación solía funcionar; a veces, también una sonrisa. Tommy probó con esto último.

—¿Se puede saber por qué sonríes? —exigió saber su anfitrión.

Una tercera opción, meditó presa del pánico, era sacar la navaja de su padre y cortarle el cuello al anciano, birlarle el dinero y huir. No obstante, eran ya más de las once, y Tommy no se imaginaba recorriendo el trayecto hasta la estación de ferrocarril. ¿Un negro solo por un barrio blanco al filo de la puñetera medianoche? Bien podría ser Satán dándose un paseo por el Edén. Y como descubrieran que llevaba un fajo de billetes encima, bueno, tendría suerte si llamaban a la policía, porque los polis se limitarían a pegarle una paliza y llevarlo a la cárcel. Algo mucho peor le sucedería si lo atrapaba la turba. Por tanto, la navaja quedaba descartada. En resumidas cuentas, estaba atrapado en aquella casa hasta que amaneciera.

—Te he hecho una pregunta —dijo Suydam—. Y cuando hablo espero una respuesta.

No le quedaba ninguna táctica evasiva, así que Tommy Tester alzó la cabeza y le devolvió la mirada. No perdía nada probando a ser sincero.

—Estoy desconcertado —respondió.

—Claro que sí. Al nacer te cubrieron el rostro con un velo de ignorancia. ¿Quieres que lo levante?

Tommy frunció los labios e intentó decidirse por la mejor respuesta. Hasta el momento le había funcionado la sinceridad. Al menos, el anciano ya no lo miraba con odio.

—Es su dinero —contestó Tommy.

Robert Suydam aplaudió.

—¿Sabes por qué te contraté? ¿Qué fue lo que me atrajo de ti hace tres días? Podía... verte. Y no me refiero a esta farsa. —Alargó una mano y señaló desde las botas de Tommy, arañadas aposta, hasta su traje desgastado, pasando por la guitarra—. Vi que comprendías lo que es una ilusión. Y que, a tu manera, lanzabas un poderoso hechizo. Me admiró. Noté cierta afinidad contigo, supongo. Porque yo también comprendo lo que es una ilusión.

Suydam se levantó de su asiento y miró hacia la pared de los ventanales. El anciano dio unos suaves toquesitos a uno de los cristales. La cantidad de luces del interior de la habitación impedía ver el exterior a oscuras; las ventanas se habían convertido en una especie de pantalla que reflejaba a Tommy, Suydam y la enorme biblioteca. Suydam le hizo un gesto al joven músico para que se acercara, y al hacerlo, a Tommy le pareció percibir movimiento detrás de él. La imagen reflejada de las puertas dobles de la habitación se combó dos veces, como si hubiera alguien en el pasillo intentando abrirlas. El joven se volvió a toda prisa, pero las puertas ya no se movían. Tommy no conseguía girarse de nuevo hacia Suydam.

—Tu gente —empezó a contar el anciano—. Tu gente se ve obligada a vivir en laberintos de miseria híbrida. No hay más que ruido, suciedad y putrescencia espiritual.

Si había algo capaz de desviar la atención de Tommy de la puerta era aquello. Se giró hacia Robert Suydam esperando verle una sonrisa desdeñosa en la cara, pero el hombre tenía una mano sobre el vientre y le daba palmaditas. Miró arriba y a la derecha, como un hombre que intenta recordar un discurso.

—La policía pierde la esperanza de mantener el orden y de reformar a los habitantes, así que se dedica a erigir barreras que protejan del contagio al mundo exterior —siguió diciendo.

Tommy sujetaba con fuerza el mástil de la guitarra.

—¿Está hablando de Harlem?

El hechizo se rompió.

—¿Qué? ¡Maldita sea! ¿Por qué me interrumpes?

—Intento comprender de qué mierda de lugar está hablando. No suena como ningún sitio en el que haya vivido.

Esta vez no le aplaudieron la sinceridad.

—Cuidado con tu tono —dijo Suydam, que tapó el dinero con una mano—. Todavía no te he pagado.

«Qué hijo de puta», pensó Tommy Tester mientras daba un paso hacia el anciano.

Incluso Robert Suydam, a pesar de toda su autoridad, percibió un cambio en el cuarto. Durante un instante pareció un hombre que acaba de saber que un meteorito está a punto de estrellarse contra el planeta. Alzó una mano, un gesto de paz.

—Mañana por la noche tocarás en mi fiesta —dijo—. Y los asistentes serán hombres como tú: negros de Harlem; sirios y españoles de Red Hook, chinos e italianos de Five Points; todos acudirán a mi invitación. Todos escucharán lo que te estoy contando ahora.

La curiosidad templó el genio de Tommy: la casa de un blanco repleta de negros, sirios y demás. Quizá fuera el trabajo más extraño de cuantos se había encontrado hasta el momento.

—Entonces, ¿por qué me ofrece un avance?

—Tenía que practicar mis palabras, ver cómo afectaban a un hombre del tipo correcto. Además, reconozco que eras conveniente. Necesitaba que esos policías me dieran algo de espacio. El tiempo que pasaron contigo bastó para escabullirme. Gracias por la ayuda.

—¿Sabía que lo seguían?

—Mi familia duda de mi cordura... o eso es lo que afirma. Lo más probable es que duden de mi testamento y de quién en concreto recibirá esta casa y todo lo que contiene. Quién heredará la tierra en la que está construida. Sin embargo, ellos no lo ven así. Nadie se considera el malo de la historia, ¿verdad? Hasta los monstruos se tienen en alta estima.

»Mi familia está segura de que corro peligro y ha convencido de ello a la policía. Además, ha contratado a ese detective privado, el bruto. Se llama señor Howard. El señor Howard y el inspector Malone están recabando pruebas de mi deterioro mental. ¡Por mi propio bien, por supuesto!

Tommy se rio.

—Hablar con un negro en la calle no ayudará a demostrar que está cuerdo.

Suydam apartó la mano del dinero y se volvió del todo hacia la ventana. Se apoyó en el alféizar con ambas manos.

—Sé que procedo de una familia de bien, lo que significa que la riqueza heredada y el peso de mis antepasados en la historia deberían procurarme todas las comodidades que necesito. Sin embargo, la comodidad puede convertirse en una prisión y atrofiar la mente. El tiempo que pasaba con mi familia, con mis antiguos amigos adinerados, empezó a parecerme un baño de gachas, como si me ahogara en una comida infantil.

»Así que busqué a otros que nada tenían que ver conmigo y, cuando me hablaron de una sabiduría secreta, escuché. Llegué a apreciar lo que los hombres como yo consideran mera superstición o, peor, pura maldad. Cuanto más leía, cuanto más escuchaba, más seguro estaba de que toda mi vida, todas nuestras vidas habíamos sido testigos de un gran espectáculo secreto, pero nuestra ignorancia o nuestro miedo nos había impedido alzar la vista para contemplarlo. Porque contemplarlo habría sido comprender que el espectáculo no era para nosotros. Que, en realidad, a los intérpretes no les preocupamos en absoluto.

En ese momento tocó la ventana, tamborileó sobre ella, y el reflejo pareció ondularse por un segundo, como si estuvieran contemplando un estanque de agua en vez de un panel de cristal.

—Hay un Rey que duerme en el fondo del mar.

Al pronunciar estas palabras, y contra toda posibilidad, los cristales adoptaron el color y la aparente profundidad del mar. Fue como si Tommy Tester y Robert Suydam, de pie en aquel cuarto, en aquella mansión, en aquella ciudad, también se asomaran a las aguas lejanas de otro punto del planeta. A Tommy se le cayó la guitarra de las manos cuando apareció la imagen. Apenas fue consciente del estruendo que hizo al caer, de la única nota amarga que tocó. Una ráfaga de aire frío había entrado en la biblioteca y lo había calado hasta los huesos.

—El regreso del Rey Dormido significaría el fin de los infortunios de tu gente. El fin de la ruina y la miseria de mil millones de vidas. Cuando se alce, barrerá los disparates de la humanidad. Y es el primero de muchos. Son los Primigenios. Sus pisadas derriban montañas. Con una mirada fulminan a diez millones de personas. Sin embargo, imagina la fortuna de aquellos a los que permitieran sobrevivir. La recompensa para los que ayudaran a despertar al Rey Dormido.

Tras otro toquecito en la ventana, el mar (porque Tommy estaba viendo un lejano océano muy real en las ventanas) se agitó, se encabritó, y en sus profundidades se movió una figura demasiado gigantesca para ser real. El joven notó que se le cerraba la garganta. No quería verlo. Se le ocurrió que si aquella criatura de las profundidades marinas llegaba a hacerse visible con nitidez se vería obligado a romper las ventanas con sus propias manos.

No obstante, la imagen cambió, la perspectiva subió y dejó el mar muy abajo, igual que los continentes. ¿Era posible? Abandonaron el mundo. Volaron hasta el cielo nocturno. En realidad era como si los dos hombres de

la casa de Flatbush estuvieran ahora flotando por el espacio más lejano. Tommy Tester se agarró al alféizar para no caer.

—Puede que desde aquí lo comprendas —comentó Robert Suydam en voz baja.

Pero el joven no comprendía, solo estaba deseando volver a casa. Se soltó del alféizar, se volvió, recogió la guitarra y cruzó a toda prisa la biblioteca. Corrió hacia las puertas cerradas de la habitación. Suydam le gritó. Palabras indescifrables. Tommy se abalanzaba sobre las pilas de libros del suelo, que salían volando por los aires. Quería estar en casa con su padre, costara lo que costara. De haber permanecido un segundo más mirando por aquella ventana, algo terrible le habría ocurrido a su alma. A pesar de lo seguro que se sentía con sus trapicheos, comprendía que Robert Suydam jugaba con una fuerza mucho más poderosa. Llegó a las puertas dobles y las abrió.

Y Malone, el agente de policía, estaba en el pasillo.

Malone, con su revólver de servicio apuntándolo.

—¿Qué? —exclamó Tommy—. ¿Qué?

Se agarró al pomo. En la otra mano llevaba la guitarra. Esperaba morir en cuanto Malone apretara el gatillo. ¿Era él la persona que lo seguía cuando entró en la casa de Suydam? ¿El que le había dado patadas a la guitarra?

Entonces, Tommy se percató de algo raro en Malone, o en lo que rodeaba a Malone; mientras que el músico se encontraba en la biblioteca de la casa de Robert Suydam, el inspector estaba en lo que parecía ser el vestíbulo de un edificio de viviendas y, sin duda, no en el pasillo de la mansión de Suydam. ¿Qué narices estaba pasando? Era como si un sastre descuidado hubiera cosido las dos ubicaciones: la mansión y el vestíbulo del edificio; Tommy Tester y el inspector Malone se veían frente a frente por culpa de una mala costura en el tejido de la realidad. Y lo cierto era que ambos estaban estupefactos. Al cabo de un instante, Suydam, sin aliento, llegó hasta las puertas y las cerró de golpe. Después le dio una bofetada a Tommy.

—¿Qué has visto? —le gritó—. ¡Dímelo!

—No lo entiendo —repuso el otro en voz baja.

—¿Era Él? —le chilló Suydam. Después se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó la piedra que le había quitado antes a Tommy. La levantó con la intención de abrirle la cabeza al chico—. ¿Te ha visto el Rey?

—El poli —respondió Tommy, casi sin aliento—. El delgaducho.

Suydam mantuvo la piedra en alto un par de segundos más.

—¿Malone? —Después la bajó—. Solo Malone —se repitió en voz queda.

—No entiendo dónde he acabado.

Su anfitrión respiró hondo y tragó saliva.

—Todavía no podemos abandonar este cuarto, no hasta mañana —le explicó.

Si Tommy parecía desconcertado era porque lo estaba.

—Si intentamos abrir de nuevo esa puerta, los resultados serían incluso más extraños que los que acabas de presenciar. Y posiblemente más peligrosos.

Tommy volvió la vista hacia las puertas. La frente se le quedó fría.

—Malone estaba en el pasillo, pero no en el pasillo de esta casa.

—Te creo. Pero créeme tú a mí cuando te digo que podría haber sido peor. Podrías haber abierto esa puerta y encontrarte...

Suydam se colocó entre Tommy y las puertas, y se quedó allí durante el resto de la noche.

## 6

Charles Thomas Tester salió de la casa de Robert Suydam a las siete de la mañana siguiente. Cuando amaneció, cuando se asomaron a los ventanales y vieron las calles de Flatbush otra vez, Suydam anunció que era seguro abrir las puertas de la biblioteca. Suydam le explicó que, hasta aquel momento, durante toda la noche, su casa había estado en el *Exterior*. El término, la idea, era algo corriente para el anciano, pero a Tester le costó muchísimo comprenderla. ¿Que la mansión había estado en el *Exterior*? Pues claro que sí, ¿dónde si no iba a estar una mansión? Sin embargo, el anciano no se refería a eso. Al final, Suydam se lo describió así:

—Imagínate una tira de esparadrapo con el adhesivo en una cara. De repente, una pelota diminuta de tela se suelta en el centro de esa tira. Mi biblioteca es la pelotita de tela en lo que llamamos el tiempo y el espacio... normales. Está pegada a un lugar, a un plano. Pero entonces imagina que haces una bola con el esparadrapo. La pelotita de tela ahora no toca una única superficie, sino muchas. De ese modo, mi biblioteca viaja más allá de las percepciones humanas, de las limitaciones humanas del espacio e incluso del tiempo, que no son más que restricciones sin sentido a escala cósmica. Esta noche hemos viajado muy lejos, aunque te diera la impresión de no abandonar Flatbush. No estábamos aquí. Fuimos al *Exterior*, un lugar envuelto en sombras.

»Uno de los lugares que hemos visitado era el umbral del Rey Dormido, su última morada en el fondo del mar. Estábamos tan cerca que, con algo de esfuerzo, podría haber alargado una mano para tocarle el rostro y ver cómo se abrían sus enormes ojos. Sin embargo, anoche no era el momento correcto. Todavía no. Cuando corríste a las puertas de la biblioteca y las abriste, ¡temí que mis muchos años de planificación hubieran fracasado por culpa del pánico de un negro! Pero tuvimos suerte: lo único que viste fue al inspector cadavérico, Malone.

Hubo mucho parloteo por el estilo. Durante varias horas. Suydam recitaba sin parar nombres o, mejor dicho, entidades con la misma facilidad que los predicadores que atiborraban algunas esquinas de Harlem. No obstante, Tommy se concentró en la idea del trocito de tela perdido dentro de la pelota de esparadrapo. Aquella imagen lograba que lo imposible no resultara tan difícil de comprender. ¿Acaso no había visto un océano a través de las

ventanas? ¿No había contemplado el planeta desde el privilegiado punto de vista de las estrellas? ¿Acaso no se había encontrado con Malone al otro lado de las puertas dobles, desesperado y desconcertado?

Durante toda la noche, Robert Suydam volvió al tema del Rey Dormido; igual que el planeta da vueltas en torno al sol. *El Rey Dormido*. En cierto momento, el anciano lo llamó por otro nombre, su verdadero nombre, pero Tommy Tester no lograba recordarlo. O quizá su mente hubiera decidido que era mejor olvidar.

Cuando salió el sol, Suydam concluyó con un último consejo. Sacó de nuevo la piedra del bolsillo y, esta vez, se la puso a Tommy en la palma de la mano.

—¿Cuánto significaba para ti, para tu existencia, esta piedra antes de recogerla para lanzarla contra los chicos que te seguían? Pues eso es lo que le importan los tontos problemas de la humanidad al Rey Dormido. Cuando regrese, su poderosa mano borrará de un plumazo todos nuestros mezquinos males, incluidos los sufridos por tu gente. ¿No es maravilloso? Y ¿qué ocurrirá con los que quedemos? Los que lo ayudemos. Piensa en las recompensas. Sé que eres un hombre con fe en estas cosas, además de lo bastante listo como para asegurarte de que te beneficien.

Entonces, Suydam le entregó doscientos dólares y lo acompañó a la calle. Después de que el anciano cerrara la puerta, Tommy permaneció un buen rato en el porche. Lo que veía era una reluciente mañana en Flatbush, pero le costó bajar los escalones y avanzar por el sendero bordeado de árboles para llegar a la acera. Temía sacar un pie del porche y caer al mar en el que esperaba el Rey Dormido. Y ¿por qué no? Eso era lo que lo paralizaba: si todo lo demás era cierto, ¿por qué no otras muchas cosas?

Al final, el tacto de los billetes enrollados en la mano lo devolvió a la entrada de la casa. Miró el dinero y se dijo que con eso bastaba: doscientos dólares los mantendrían a su padre y a él durante casi medio año. Volvería a Harlem y no regresaría nunca a Flatbush. Robert Suydam no lo encontraría porque no le había dicho al anciano su dirección. Lo que planeaba no significaba nada para él, que el viejo se quedara con su magia. Otis y Tommy pasarían la noche en la Sociedad Victoria hablando y comiendo bien. Regresaría con su padre, tal como le había prometido; eso era más que suficiente. Apretó una vez más los billetes e introdujo el rollo en la boca de la guitarra, donde cayó con un golpe sordo muy satisfactorio. Metió la guitarra en su funda y una mano en el bolsillo del abrigo. La piedra que le había devuelto Suydam estaba allí dentro. En vez de soltarla en el suelo, se la llevó

con él; con el tiempo acabaría por gastarse aquel dinero, pero la piedra sería un recuerdo de la noche que había viajado al *Exterior*.

En el tren de regreso a Harlem, Tommy no se fijó en nadie más, y si los demás se fijaron en él, no se percató. El conductor no le dio conversación. Quizá Tommy presentara un aspecto extraño: un negro con la ropa raída, una guitarra a los pies y toda la atención puesta en la piedra que llevaba en la mano. Debió de parecerles corto de entendederas y, por tanto, inofensivo. Y, por tanto, invisible.

Harlem. Aunque solo hubiera pasado una única noche fuera, había echado de menos la compañía. Los cuerpos pegados al suyo en la calle, los niños que corrían entre los coches antes de que cambiara el semáforo de camino al colegio, por retarse entre ellos a ser más valientes. Mientras bajaba las escaleras de la estación, sonrió por primera vez desde que abandonara la mansión de Suydam.

Tommy caminó de regreso a casa, pero le entró tanta hambre que primero paró a comer en un puesto de la calle 141. Vivió un momento muy raro cuando llegó la hora de pagar y tuvo que pescar los billetes dentro de la guitarra. La mujer del mostrador no demostró interés alguno por la operación hasta que apareció el rollo, tan grueso como el cuerpo de una pitón birmana. A Tommy le gustó la forma en que lo miró la tendera después de sacar el billete del fajo, y más aún le gustó su expresión cuando le dejó un dólar entero de propina. ¿De verdad sería Suydam capaz de convertir a un hombre como Tommy en un príncipe de su nuevo mundo? Sería fantástico, ¿no? Para cuando dejó la tienda ya había cambiado de idea sobre lo de volver a la casa de Suydam. El anciano había estado en lo cierto: Tommy Tester no le hacía ascos a una buena recompensa.

A las diez estaba llegando a su manzana, y la luz del sol besaba todos los rostros y fachadas. Las calles, sin embargo, no estaban tan serenas. Aunque no se había percatado del tráfico al salir del puesto, en aquel momento el atasco era evidente. Cuanto más se acercaba a la 144, mayor era la afluencia de coches. Su manzana estaba abarrotada: tres coches patrulla —berlinas Ford Model T Tudor— estaban aparcados en medio de la calle, y detrás se veía un camión mucho más grande, de los servicios de emergencia de la policía.

Tester avanzaba despacio. Las aceras estaban tan concurridas que había gente hasta en las escaleras de entrada a los edificios. Solo había visto Harlem tan lleno en una ocasión: cuando el 369º Regimiento desfiló por Manhattan en 1919 de regreso de la guerra.

La policía había montado una barricada en medio de la manzana, con agentes en parejas para controlar a los mirones. Estaban evitando que la gente entrara en un edificio en concreto: el suyo. Llegó al borde de la muchedumbre, justo hasta las barricadas, y esperó.

Malone apareció en la entrada principal del edificio. El señor Howard se colocó a su lado. Bajaron los escalones al mismo ritmo, con la misma cadencia, y por un momento el señor Howard se convirtió en la sombra del inspector Malone. Dos policías más de uniforme salieron unos segundos después y les estrecharon las manos a ambos.

Entonces, Malone levantó la vista y localizó a Tommy al instante, como si percibiera su rastro olfativo. Lo señaló, y los dos agentes de uniforme corrieron a la barricada. El primero agarró a Tommy Tester por el cuello, igual que había hecho el señor Howard cuando se conocieron en Brooklyn, y el otro sujetó al negro que, por pura coincidencia, tenía al lado. Llevaron a los dos al otro lado de la barricada, donde estaba Malone.

—Ese no —repuso el inspector mientras señalaba al otro hombre.

El agente, algo avergonzado, siguió con la rutina de registrarle los bolsillos al negro. Como no encontró nada ilegal, lo empujó de vuelta a la muchedumbre, sin intercambiar palabra con él. Cuando el hombre se encontró entre la gente se limitó a volverse, como los demás, para ver qué le hacían a Charles Thomas Tester.

—Tu padre está muerto —dijo Malone.

Se lo comunicó sin placer ni compasión. En cierto modo, Tester lo prefería así, que no fingiera que le importaba. «Tu padre está muerto». En apariencia, Tommy recibió la noticia con mucha calma. Sin embargo, por dentro fue como si el sol recortara distancia con la Tierra; tanta como para fundirle la mayoría de los órganos internos. El fuego le recorría el cuerpo, aunque no pudiera demostrarlo. No podía abrir la boca para preguntar qué le había ocurrido a Otis porque se le había olvidado que tenía boca. Se quedó allí plantado, tan inexpresivo como un bloque de mármol.

—Si alguien me dice que mi padre se ha muerto, le meto un puñetazo —comentó el señor Howard—. Pero esta gente no se relaciona igual que nosotros. Está demostrado científicamente. Son como hormigas o como abejas. —Después señaló con la mano el edificio que tenían al lado—. Por eso viven así.

Tommy sintió el peso de la piedra en el bolsillo. «Tu padre está muerto». Le bastaba con cogerla, sacarla deprisa y esparcir los sesos de aquellos hombres blancos por la acera. «Tu padre está muerto». La certeza de su propia muerte segundos después de cometer el acto no lo atemorizaba. «Tu padre está muerto». Lo habría hecho sin pensárselo dos veces, pero es que no podía moverse.

El señor Howard lo observó unos segundos más y, al no ver ninguna reacción, habló en un tono más prosaico, como si se dirigiera a un gran jurado.

—Llegué a la vivienda aproximadamente a las siete de esta mañana —empezó—. Tras localizar el piso 53 llamé a la puerta varias veces. Como no me contestaba nadie, probé a abrirla y descubrí que no estaba cerrada con llave. Entré en el piso y revisé las habitaciones una a una hasta que llegué al dormitorio del fondo. En dicho cuarto encontré a un hombre negro con un fusil. Temí por mi vida y utilicé mi revólver.

Tester no comprendía cómo lograba permanecer en pie. ¿Por qué no se desmayaba? Por un momento notó que se salía de su cráneo (o, al menos, que su mente salía). No estaba allí. Estaba en el *Exterior*. Ni siquiera necesitaba meterse en la biblioteca de Suydam para ese viaje.

El señor Howard señaló el edificio.

—Dada la orientación del piso, el dormitorio de atrás da a un patio de luces. Por tanto, la habitación de atrás está a oscuras. Tras defenderme, descubrí que el atacante no llevaba un fusil.

Malone, que había estado observando a Tommy sin desviar la mirada, añadió:

—Era una guitarra.

El señor Howard asintió con la cabeza.

—A oscuras era imposible saberlo, por supuesto. Llamé al inspector Malone para que acudiera al lugar de los hechos. El inspector redactará el informe tal como lo he relatado, punto por punto.

Tester miró de un hombre al otro y, por fin, recuperó la voz.

—Pero ¿qué hacía usted aquí? ¿Por qué fue a mi casa?

—Al señor Howard lo contrataron para rastrear una mercancía robada —respondió Malone.

—Mi padre no robó nada en toda su vida.

—Tu padre no, es cierto —respondió el señor Howard—, pero ¿qué me dices de ti?

El rostro alargado de Malone se aflojó y se puso a rebuscar en los bolsillos de su abrigo. Por fin sacó una libreta, un bloc de policía, y pasó unas cuantas hojas. Había símbolos arcanos y palabras indescifrables garabateados en todas ellas. Tommy dudaba que sus notas tuvieran algo que ver con la labor policial. Recordó la biblioteca de Robert Suydam, repleta de conocimiento esotérico. El cuaderno de Malone podría ser un diario en el que anotar similares misticismos innombrables.

Al final llegó a una página medio vacía, con tan solo unos cuantos números escritos en la parte superior. Le enseñó la página a Tommy, que la reconoció al instante: era la dirección de Ma Att en Queens.

—Te voy a explicar lo que creo —empezó Malone—. Encontraste un resquicio en el trabajo para la vieja. Seguiste el contrato al pie de la letra. Supusiste que así era imposible que Ma Att fuera a por ti. Porque no habías roto las normas. Pero estamos en 1924, Tester, no en la Edad Media. Su brujería no te podía alcanzar, así que contrató ayuda. En concreto, al señor Howard.

El interpelado se dio unas palmaditas en el abrigo.

—Cuando fui a quitarle el fusil a tu padre me di cuenta de que se trataba de una guitarra. Y entonces encontré la hoja que necesitaba, oculta dentro.

—¿Es que no entiende por qué no le entregué esa hoja? —preguntó Tommy—. ¿No entiende lo que puede hacer con ese libro?

El señor Howard se rio y miró a Malone.

—¿Acaba este hombre de confesar un delito?

Malone negó con la cabeza.

—Déjalo en paz.

—Usted lo entiende —dijo Tester mientras miraba el cuaderno de Malone. El inspector lo cerró y se lo volvió a guardar en el bolsillo.

—Entiendo que no estabas en casa cuando llegó el señor Howard. Y, a resultas, dejaste a tu padre indefenso.

—Entonces, ¿es culpa mía? ¿También va a poner eso en su informe?

El señor Howard abrió un poco la boca sin disimular su sorpresa.

—Odio a los negros contestones —dijo.

Por otro lado, Malone no parecía afectado.

—¿Me dices dónde estuviste anoche? —preguntó a Tommy—. ¿O quieres que lo averigüe solo?

Charles Thomas Tester tuvo una visión repentina, una imagen de su padre, medio dormido, que levantaba la vista y se encontraba con un blanco desconocido en el umbral de su cuarto, en penumbra. ¿Qué pensaría Otis Tester en aquel momento? ¿Le quedó tiempo, al menos, para imaginarse a su amada esposa o al hijo que lo adoraba? ¿Tiempo para un último aliento, una exclamación? ¿Para una plegaria? Quizá fuera mejor suponer que Otis no llegó a despertarse. Tommy lo prefería así, le dolía un poco menos.

—¿Cuántas veces disparó contra mi padre? —preguntó.

—Creía que mi vida corría peligro —respondió el señor Howard—. Vacíé el cargador. Después metí otro y volví a vaciarlo.

Era como si la lengua de Tommy fuera demasiado grande para su boca, y por primera vez pensó que iba a llorar o a gritar. La piedra le pesaba más en el bolsillo, lo arrastraba hacia el suelo. Recordó su noche con Robert Suydam, entera, todo a la vez. Cuando el anciano le habló del Rey Dormido y él perdió el aliento de puro terror. De repente, el miedo a la indiferencia cósmica le resultó cómico y directamente ingenuo. Miró a Malone y al señor Howard. Detrás de ellos estaban las fuerzas policiales de las barricadas, que contenían a la muchedumbre de negros; contempló la deteriorada fachada de su edificio con otros ojos; vio que los coches patrulla estaban aparcados en medio de la calle como tres grandes sabuesos negros esperando abalanzarse sobre aquel rebaño de ovejas. ¿Qué era la indiferencia comparada con la maldad?

—La indiferencia sería un alivio —dijo Tommy.

## 8

A Charles Thomas Tester se lo quitaron de en medio. Primero, Malone y el señor Howard lo echaron de su edificio; no le permitirían entrar al piso hasta que terminara el forense, que todavía no había llegado. Malone y Howard lo acompañaron de vuelta a la multitud. Los presentes se abrieron para dejarlo pasar, se lo tragaron y lo digirieron. En cuestión de minutos lo expelieron al otro extremo de la manzana. Rodeado de mirones pero innegablemente solo. Caminó sin pensar y se encontró frente a la Sociedad Victoria. Subió las escaleras y el guardia de la entrada, al reconocerlo, lo dejó pasar.

Tommy se dirigió al comedor, que estaba medio lleno con los comensales de mediodía, y se sentó a una mesa de la esquina, lejos de la que había ocupado con Otis para cenar hacía tan solo cuatro días. Tester contempló la mesa como si su padre fuera a aparecer de repente a su lado, como si Malone y Howard le hubieran gastado una broma horrible. Al final, tres hombres se sentaron a la mesa, así que Tommy apartó la vista.

Poco después llegó Buckeye. Aunque pareciera cuestión de suerte, en realidad lo había avisado el portero: como en su trabajo era esencial tener buena memoria, había recordado el nombre que le diera el joven en su momento para entrar. Antes de sentarse con él, Buckeye se pasó por las otras mesas, recogió los números de los que querían jugar y pagó a un hombre corpulento que había ganado el día anterior. Después se sentó y pagó la comida de ambos (esta vez cocinada por una mujer de Carolina del Sur): un plato de arroz *gullah*, guiso de cabeza de pescado y *hush puppies*. Buckeye comió, pero Tommy no podía ni mirar el plato.

Buckeye todavía no sabía nada de lo ocurrido a Otis y Tommy no quería hablar del tema. Aun así, las noticias —el horror de lo sucedido— parecían intentar salirse de la garganta, como un espíritu impuro deseando hacerse oír. Para evitar hablar del asesinato de su padre, habló de Robert Suydam. Incluso los detalles más demenciales resultaban menos fantásticos que la idea de que justo en aquellos momentos, a tan solo siete manzanas de distancia, el cadáver de su padre yacía en su piso, muerto a balazos.

Aunque Tommy se lo contó todo a su amigo, regresaba una y otra vez a tres palabras en concreto: *el Rey Dormido, el Rey Dormido, el Rey Dormido*. Al final se llevó la comida a la boca no porque tuviera hambre, sino porque no se le ocurría ningún otro modo de cerrarla. Debía de sonar como un loco.

Llegados a ese punto, Buckeye había dejado de comer y observaba a su amigo de la infancia en silencio, con ojos entornados.

—Cuando trabajaba en el canal... ¿Recuerdas que te conté que estuve allí un año? —le preguntó a Tommy—. Pues cuando trabajaba en el canal teníamos a muchachos de todo el mundo. Traíamos nuestras historias con nosotros. Ya sabes cómo es. Y por mucho que trabajáramos, siempre encontrábamos un momento para contarlas.

»Bueno, el caso es que teníamos a algunos chicos de Fiji y Rarotonga. También de Tahití. No entendía a los de Tahití, hablaban ese francés. Pero los de Fiji, dos hermanos, te juro que decían lo mismo que estás diciendo tú: *el Rey Dormido*. Sí. Los de Fiji lo repitieron más de una vez. También lo llamaban por otro nombre, aunque ahora mismo no me acuerdo. Por mucho que intentaba pronunciarlo, no me salía. «El Rey Dormido está muerto, pero sueña». Eso es lo que decían. ¿Qué coño significa eso? No eran mis historias favoritas. Mantenía las distancias con esos chicos. No estarás pensando en viajar a Fiji, ¿no?

Buckeye se rio, aunque era una risa forzada. ¿Cómo era posible que su amigo de Harlem le viniera con la misma historia que dos muchachos de Fiji? Sobre todo teniendo en cuenta que ambos murieron durante la construcción del canal de Panamá. ¿Cómo era posible?

De haber estado escuchando, Tommy también se habría reído, pero se levantó, recogió su guitarra y salió corriendo del comedor. Sin más. Con la funda tiró la comida de dos mesas distintas, y los hombres lo insultaron mientras él huía de la Sociedad Victoria. Iba al tren elevado que lo llevaría de Harlem a Flatbush. Hacía unas horas había considerado la posibilidad de no regresar nunca a la mansión de Robert Suydam. Sin embargo, después de lo ocurrido, ¿adónde si no iba a ir?

Todavía faltaban ocho horas para la fiesta, así que Tester pagó su billete y esperó en el andén. Fiji debía de estar pero que muy lejos de Harlem. Sabía que era una isla en un mar lejano. La historia de Buckeye era la confirmación definitiva: el Rey Dormido era real. «Está muerto, pero sueña». Sacó la guitarra porque necesitaba hacer algo para distraerse. Practicó la melodía que le había enseñado su padre hacía cuatro días. ¡Cuatro días atrás, su padre estaba vivo y le enseñaba una canción! La que Irene le había enseñado a Otis, y Otis le había transmitido a él. Música de conjuros, la llamaba Otis. Cuando empezó, sintió que sus padres se encontraban más cerca, a su lado, tan reales como los acordes de la guitarra. Por primera vez en su vida, Tommy no tocó

por dinero, no tocó para poder hacer sus trapicheos. Fue la primera vez en su vida que tocó bien.

—No hagas caso de los que se ríen en tu cara —cantó Tommy—. No hagas caso de los que se ríen en tu cara<sup>[1]</sup>.

Pocos de los viajeros del andén se fijaron en él, no era más que otro guitarrista de Harlem, tan insignificante como las farolas de arco de las aceras.

—Oye, recuerda, un amigo de verdad rara vez se encuentra. No hagas caso de los que se ríen en tu cara.

Hasta el final de la jornada de trabajo, Tommy tocó en el andén. No se le cansaron los dedos, no le cedió la voz. A primera hora de la noche subió al tren que se dirigía a Flatbush. O se pasó todo el camino tarareando para sí, o era el mismo aire el que vibraba a su alrededor.

## 9

—Algunas personas saben cosas sobre el universo que nadie debería saber y pueden hacer cosas que nadie debería ser capaz de hacer.

Robert Suydam lo dijo a las diez y media. La fiesta había empezado hacía horas, pero Suydam todavía no había llamado la atención del grupo, sino que había recibido a Tommy temprano y después, una hora más tarde, al resto de los invitados: hombres, mujeres y ni una cosa ni la otra, un grupo tan variopinto como Suydam le había prometido. La fiesta se celebraba en la biblioteca. Habían quitado los libros del suelo, y en su lugar había mesas de banquete, sillas de respaldo alto, carritos de servir con botellas de cristal tallado, licor de verdad, no bazofia de contrabando, y vasos a juego. El cuarto era una mezcla de idiomas: inglés y español, francés y árabe, chino e hindi, egipcio y griego, dialectos franceses y pidgin. No obstante, la única música procedía de la guitarra de Tommy. Suydam lo colocó junto a la hilera de ventanales, y él tocaba su instrumento de pie, junto al sillón. Cantaba para sí y evitaba mirar a los ojos a los otros invitados. Tester sabía reconocer una habitación llena de matones, y los allí presentes lo eran. Suydam había merodeado por muelles y callejones oscuros para encontrar a aquel grupo de desalmados. Justo la clase de gente que Tommy antes se imaginaba recalando en la Sociedad Victoria.

Tester tocó sin parar. Era la misma melodía que llevaba cantando desde por la mañana. Le daba vueltas y la reorganizaba, cantaba las palabras, después tarareaba un rato y regresaba a las palabras.

—Sabes que se reirán en tu cara —cantaba en voz baja—. Te pondrán de vuelta y media. En cuanto les des la espalda, te van a machacar.

Solo lo interrumpieron una vez. Robert Suydam se acercó y alzó una mano para que dejara de tocar. Se inclinó hasta que su boca estuvo a dos centímetros de la oreja del guitarrista.

—Entonces, ¿estás conmigo? —le preguntó el anciano—. Quiero preguntártelo antes de darles el discurso. Si yo soy César, tú eres Octavio.

Tester habló, aunque estaba ronco de tanto cantar y las palabras le salieron en un basto susurro.

—Hasta el fin de este mundo, estoy con usted.

Robert Suydam dio un paso atrás y observó a Tommy con aire solemne. Tester no sabía bien qué aspecto presentaba su propia cara. ¿Había dicho lo

correcto? Había dicho la verdad, tendría que valer. Al final, Robert Suydam se volvió, sonrió a la multitud y le dio una fuerte palmada a la parte de arriba de su sillón. Los asistentes guardaron silencio. Cuando se sentó, los demás ocuparon las sillas en torno a las mesas de banquete. Suydam hizo un gesto para que Tester se apartara; nadie podía compartir el centro de atención con él. Como Tommy no sabía bien adónde ir, se acercó al otro extremo de la biblioteca y se apostó cerca de las puertas dobles. Entonces, Suydam se inclinó hacia delante y habló.

—Algunas personas saben cosas sobre el universo que nadie debería saber y pueden hacer cosas que nadie debería ser capaz de hacer. Yo soy uno de esos pocos elegidos. Dejad que os lo demuestre.

Suydam se volvió hacia los altos ventanales. Fuera ya era de noche, y las luces de la resplandeciente biblioteca transformaban los cristales en una pantalla, como en la anterior ocasión. Tester observó a los cincuenta mafiosos presentes. Deseaba ver sus reacciones mientras el anciano obraba su magia.

—Vuestra gente se ve obligada a vivir en laberintos de miseria híbrida — empezó a decir Suydam—. Pero ¿y si eso pudiera cambiar?

La imagen de las ventanas se tiñó de un verde intenso, el color del mar visto desde el cielo. Así que ¿ya estaban en el *Exterior*? ¿Tan deprisa podía hacerlo? Tester levantó las manos y tocó sin apenas rozar las cuerdas y sin cantar. El anciano alzó la mirada y pareció complacido. Tommy siguió tocando su música de conjuros. Los matones no apartaban la vista de las ventanas, pero la música y las palabras de Suydam se unían para formar un hechizo aún más poderoso.

El anciano repitió todo lo que le había contado a él hacía tres noches. El Rey Dormido. La destrucción del orden actual, su civilización de sometimiento. El final del hombre y todos sus disparates. La exterminación a través de la indiferencia.

—Cuando el Rey Dormido despierte, nos recompensará con el dominio de este mundo. Viviremos a la sombra de su gracia. Y todos vuestros enemigos acabarán convertidos en polvo. ¡Nos recompensará! —repitió el anciano, gritando—. ¡Y aplastará a vuestros enemigos!

Los presentes le devolvieron el grito. Se dieron palmadas en los hombros. Los padres fundadores de una nueva nación, o incluso mejor, de un mundo que podrían administrar y controlar.

—¡Yo os guiaré en este nuevo mundo! —exclamó Suydam mientras se ponía de pie y alzaba las manos—. ¡Y conmigo por fin tendréis a un gobernante justo!

Los matones dieron pisotones y derribaron las sillas. Brindaron por el reinado de Robert Suydam.

Sin embargo, Tommy Tester no podía celebrar tal cosa. Quizá el día anterior la promesa de una recompensa en aquel nuevo mundo le habría tentado, pero ya no tenía sentido. ¿Destruirlo todo y después entregar los restos a Robert Suydam y su grupo de asesinos? ¿Acaso ellos actuarían de otro modo? La humanidad siempre se equivocaba; la humanidad era la equivocación. El cansancio hizo presa de Tommy y amenazó con ahogarlo. Por culpa de aquellas ideas desafinó cuatro notas.

Suydam se dio cuenta, aunque los demás no. Levantó la vista, observó a Tester con atención y su expresión cambió de inmediato: el fastidio se transformó en sorpresa cuando vio que el músico levantaba la cara guitarra y la estrellaba contra el suelo. La destrozó. Después se volvió hacia las puertas dobles de la biblioteca. Suydam gritó, primero una orden y después una súplica.

—¡Todavía no! ¡Todavía no, animal!

El anciano corrió hacia Tester, pero los pendencieros invitados se interpusieron en su camino. Vio que Charles Thomas Tester agarraba los dos pomos y abría las puertas. Y después, ante el horror de su anfitrión, Tommy salió por ellas y las volvió a cerrar.

PARTE 2  
MALONE

## 10

Malone salió a toda prisa de Harlem. No iba a regresar a la comisaría de la calle Butler, en Brooklyn, donde llevaba destinado los últimos seis años, sino a Queens, con el señor Howard, para devolver la hoja de papel robada (¿era de papel, en realidad?), trabajo para el cual habían contratado al detective privado. Los dos hombres vieron que el guitarrista negro se alejaba tras informarlo de la muerte de su padre, y después Malone procuró dar las gracias a los inspectores de Harlem que lo habían vuelto a llamar.

Localizaron a Malone en cuanto tomaron declaración al señor Howard. Cabía dentro de lo posible que el detective hubiera dejado caer el nombre del policía, además de un puñado de billetes, para facilitar la llamada, pero Malone se aseguró de no preguntarlo. Cuando llegó le demostraron toda la cortesía debida a un colega de la policía de la ciudad de Nueva York. Él respondió por la honestidad del señor Howard, aunque lo cierto era que no creía que la tuviera, y los cuatro hombres no tardaron en encontrarse sentados en la cocina de los Tester contándose historias del hampa de Harlem comparado con el de Brooklyn. El señor Howard les relató sus aventuras como agente de la ley en Texas, hacía ya tiempo. Se lo pasaron bien. En el cuarto de atrás, el cadáver del viejo negro seguía bocabajo en el suelo, donde había caído muerto. El hombre había recibido once disparos que lo habían levantado de su colchón y lanzado contra la pared, pero su guitarra no había sufrido ningún daño. El único rastro de que hubiera pertenecido al lugar de los hechos era la sangre que manchaba el mástil del instrumento. Los cuatro hombres sentados en la cocina coincidieron en que la guitarra no era necesaria como prueba. Todo lo demás se decidió de la misma manera.

En aquel momento, Malone y el señor Howard se dirigían a la estación de la calle 143. Llegaron al mismo punto en el que el negro, el hijo del fallecido, estaba tocando la guitarra. Incluso el señor Howard parecía alterado por su reaparición, así que ambos hombres esperaron en el extremo sur del andén. El guitarrista no abrió los ojos en ningún momento de su actuación, y Malone no tenía forma de saber que se dirigía a la mansión de Suydam para la fiesta de aquella noche. De haberlo sabido, lo habría seguido en vez de ir a casa de Ma Att.

Malone y el señor Howard no hablaron durante el viaje a Queens y, cuando bajaron del tren, la conversación tampoco resultó fluida. No se caían

bien. Trabajaban juntos porque habían avisado a los dos por el asunto de Suydam, aunque tampoco habían avanzado mucho. En el fondo, Malone compadecía un poco al anciano y le asqueaba su familia, que tanto se esforzaba por inventarse excusas para arrebatarse al hombre su fortuna. Si Suydam deseaba gastar su tiempo y su dinero en busca de un conocimiento más órfico del mundo, ¿qué más les daba a ellos? Quizá Malone sintiera especial afinidad con su causa porque él también era bastante sensible. Desde pequeño estaba convencido de que había más en el universo de lo que podía tocar, saborear o ver, y su trabajo como inspector se lo había dejado aún más claro. Motivos ocultos, significados espectrales... Existía un subconjunto de delitos que siempre ofrecía historias de esa clase. La mayor parte del tiempo veía desesperación e intrigas mezquinas, pero, de vez en cuando, era testigo de los vestigios de un misterio mayor.

Por ejemplo, el enigma que se ocultaba tras la puerta principal de una casa de Flushing, en Queens. Cuando el señor Howard y él se acercaron al lugar, el inspector sufrió un ataque de ansiedad. Se tensó, por mucho que su acompañante pareciera relajado. Al llegar a la puerta de la casa de Ma Att, el aire se volvió denso y electrificado. Mientras Malone se tiraba del cuello de la camisa y carraspeaba, el señor Howard seguía ajeno a todo, incluso de buen humor, como un perro enorme, alegre y salvaje. En vez de llamar a la puerta, le dio una patada. La puerta se estremeció, y Malone con ella. «Ten cuidado», quiso advertir al otro, pero el señor Howard no era de los que se achantan.

Al oír los pasos que se acercaban, Malone se pasó una mano por el pelo y se tocó el cuello de la camisa. El señor Howard se limitó a darle otra patada a la puerta. Después se volvió hacia su compañero y sacudió la cabeza cuando vio que Malone estaba conmocionado. Frunció los labios como si se contuviera para no liarse a patadas con el sensible inspector. Entonces se abrió la puerta y la anciana apareció en el umbral. El señor Howard habló a toda prisa.

—Es usted un poco lenta, estaba a punto de marcharme —dijo.

Malone ahogó un jadeo. ¿Había sido por el tono y las palabras de Howard? ¿O bastaba con un solo vistazo a la mujer que les había abierto la puerta? Como Malone estaba más lejos de la casa que el otro hombre, veía su silueta en el interior. En el umbral tenían a una mujer delgada, encorvada, de nariz prominente y con el cabello tirante, recogido atrás. Sin embargo, detrás de ella, Malone juraría distinguir... ¿Qué? Más... de ella. Como un gran bulto que arrastrara tras de sí y que se alargaba hasta perderse por el vestíbulo en penumbra. Casi todo el mundo (los que no eran tan perceptivos, los que no

estaban tan atentos) habría asegurado que se trataba de un juego de sombras, de un truco de la luz. Las mentes poco sensibles siempre rechazaban el verdadero conocimiento. No obstante, Malone no podía hacer caso omiso de la sensación de algo largo, enorme, detrás de la figura de la mujer de la puerta. No se trataba de una segunda presencia, sino del resto de su persona. Decidió apartarse de nuevo el pelo de la cara para disimular el temblor de la mano derecha.

Mientras tanto, el señor Howard hablaba con la anciana en su tono irritado de siempre. Sin embargo, Ma Att miraba por encima de su hombro; cuando Malone se enfrentó a sus ojos, ella sonrió.

El detective se metió la mano en el abrigo y sacó la hoja de papel doblada. Malone no había pedido ver la página ni una vez, ni cuando se reunieron en Harlem, ni cuando esperaban en el andén, ni en el tren, ni en el paseo hasta la casa. Tenía muy presentes las palabras del guitarrista negro: «¿Es que no entiende por qué no le entregué esa hoja? ¿No entiende lo que puede hacer con ese libro?». ¿Qué sabía el negro? Esa era la pregunta que lo había impulsado a acompañar al señor Howard. La curiosidad era su maldición desde que era joven.

El cuadrado de pergamino salió del bolsillo del detective y, en cuanto la luz del sol lo rozó, una diminuta voluta de humo brotó del aire. Malone la olió antes de verla: aroma a carbón. Ma Att asomó la mano al exterior para recogerla. Tenía un brazo de imposible delgadez, con la piel del color de la arena del desierto. Agarró la hoja, pero el señor Howard la retiró; el inspector lo miraba, horrorizado.

—Estados Unidos es un país de comercio —dijo el detective—. Recuerde dónde se encuentra.

En la oscuridad de la casa se alzó algo enorme que procedió a agitarse como la cola de una serpiente venenosa. Sin embargo, Ma Att (el rostro que le enseñaba) se limitó a sonreír. Gesticuló para indicarle al hombre que mirara en el buzón, y allí encontró el sobre. El detective privado miró al inspector con orgullo. De repente, Malone temió que Ma Att agarrara al hombretón con la cola (¿sería una cola?) y lo metiera dentro, pero eso no sucedió. Lo que pasó fue que el señor Howard sacó el sobre del buzón y lo abrió para echarle un vistazo al dinero. La anciana se inclinó hacia delante de tal modo que le asomaron los hombros por la puerta. Abrió los labios y dejó al aire unos dientes grises, como si estuviera dispuesta a desgarrarle el cuello al detective.

—Su nombre —comentó Malone—. Estoy seguro de que lo he oído en alguna parte.

La mujer, sorprendida, lo miró y se retiró de nuevo al umbral. Después estiró la mano en un movimiento tan rápido que ninguno de los dos hombres fue capaz de seguirlo y le quitó el pergamino de los dedos al señor Howard.

El detective se volvió hacia ella y, con un solo gesto, desenfundó el revólver que llevaba al hombro. Se le cayó el sobre de las manos, el dinero se desperdigó por los escalones de la entrada y la brisa se llevó algunos de los billetes hasta el césped del patio, así que Howard salió corriendo a recuperarlos. Malone y Ma Att se quedaron solos en el umbral.

—Es un nombre egipcio, ¿no? —preguntó el inspector—. Por lo que tengo entendido, una mujer con ese nombre vivía en Karnak.

—¿Ah, sí? Y ¿cuánto cree que entiende?

—No lo suficiente —reconoció Malone.

La anciana asintió como si le agradara la respuesta, el respeto que demostraba.

—¿Qué hay en ese libro? —preguntó en una voz tan baja que no estaba seguro de haber hablado en voz alta.

—El Alfabeto Supremo.

—Ahora tiene todas las páginas.

—Entre en mi casa —lo invitó ella—. Le enseñaré todo lo que puedo escribir con tan solo verter un poco de sangre.

Malone caminó de espaldas, arrastrando los pies, hasta la acera. En ningún momento dejó de mirar a Ma Att. Tampoco parpadeó. La anciana se rio una vez antes de cerrar de un portazo. El inspector se encontró a Howard de rodillas en la hierba, contando su dinero. Malone corrió —literalmente, corrió a toda velocidad— de vuelta a Brooklyn, a su distrito. El detective le gritó algo, pero no se paró a escucharlo, no oía nada más que su aliento aterrado.

Aunque esperaba no regresar nunca al hogar de Ma Att, se equivocaba. Volvería una única vez, pero para entonces ya sería demasiado tarde.

## 11

El caso Suydam se cerró, al menos para los familiares litigantes. Se fijó una fecha para el juicio, y Suydam apareció ante el juez representándose a sí mismo. Los abogados de su gran familia arguyeron que el anciano se había vuelto errático y senil, pero él explicó que estaba absorto en sus estudios, en la educación que los hombres desdeñan a los veinte años pero ansían al llegar a los sesenta. No hay mejor alumno que quien está en edad de jubilación. Al juez, un hombre sesentón, la afirmación le resultó tan halagadora como cierta.

Como prueba secundaria del deterioro de Suydam, los abogados de la familia presentaron declaraciones de diez de sus vecinos de Flatbush en las que afirmaban que de la mansión de Suydam entraban y salían personajes extraños a horas intempestivas. Según decían, una noche había acogido en su casa a un ejército de gente de tez oscura, pero el anciano también explicó aquel hecho. Su aprendizaje se centraba en los campos de la religión y los mitos, y Nueva York ofrecía una inusual abundancia de ciudadanos de cincuenta naciones distintas (cien tribus subdesarrolladas), muchos de ellos recién llegados a los Estados Unidos. ¿A quién mejor entrevistar sobre las creencias de su gente? No era un loco, sino un antropólogo aficionado: como estaba demasiado viejo para seguir viajando por el mundo, Nueva York le llevaba el mundo a casa.

Malone asistió al juicio todos los días y, cuando Suydam explicó sus intereses esotéricos, sintió afecto por el anciano. Estaba convencido de que, de todos los presentes en la sala, solo Suydam contaba con un alma tan sensible como la suya, tan consciente de los grandes misterios.

Al final, el juez reconoció que quizá las acciones y compañías de Suydam dieran que pensar a cualquier miembro decente de la sociedad, pero que eso no constituía razón suficiente para encerrar al hombre en un hospital ni para privarlo de sus bienes. El anciano ganó la partida, y les dio la patada a su familia y sus abogados. El señor Howard había acudido a la sala para dar testimonio. Sin embargo, una vez decidido el caso, la familia ya no lo necesitaba, así que organizó su viaje de vuelta a Texas. La despedida entre el detective y el inspector no fue nada emotiva, tan solo un apretón de manos y adiós muy buenas. Los superiores de Malone lo devolvieron a su trabajo de rutina en Brooklyn, y fue su regreso a esa rutina lo que, curiosamente, lo puso

en contacto de nuevo con Robert Suydam. No quedaba más remedio, puesto que Malone se encargaba del tema de los inmigrantes ilegales.

A los inmigrantes legales de Europa (alemanes e ingleses, escoceses e italianos, judíos, franceses, irlandeses, escandinavos) se les daba la bienvenida en el centro de inmigración de la isla de Ellis. También se permitía el acceso a través de este canal a una cantidad limitada de chinos. No obstante, ¿qué pasaba con el resto? El trabajo a pie de calle de Malone lo llevaba a barrios repletos de sirios y persas, además de africanos. ¿Cómo llegaban a Brooklyn en semejantes hordas? Había otros puertos menos famosos para tales inmigrantes, por supuesto, pero también existía un tercer canal, las rutas ilegales solo conocidas por los traficantes de seres humanos. Al inspector le preocupaba este tercer acceso. De hecho, en eso consistía su trabajo. Sus superiores lo habían asignado al negocio de la inmigración ilegal antes del caso de Suydam, y a él volvió después. De los policías que trabajaban en la comisaría de la calle Butler (quizá de todos los polis de la ciudad de Nueva York), Malone bien podría ser el único que no odiaba ese trabajo. El negro, Charles Thomas Tester, tenía razón cuando le echó un vistazo a su cuaderno —todos aquellos símbolos y sellos— y dictaminó que se trataba de un buscador de secretos. ¿Qué mejor lugar para desenterrarlos que las madrigueras repletas de extranjeros de Red Hook?

Así que Malone regresó al barrio. Lo había echado de menos. Dudaba que hubiera otro hombre sobre la faz de la tierra que pensara lo mismo. Robert Suydam, quizá. Esta gente, sus supersticiones y sus fes humildes, eran el plomo que una mente superior podía transmutar en el oro puro de la sabiduría cosmogónica. Cuando paseaba por las calles de Red Hook, a menudo resultaba ser el único blanco del barrio. Estaban acostumbrados a verlo por allí y, de ese modo, se hizo invisible. Hablaban sin tapujos delante de él, aunque no siempre con él, y el cuaderno de Malone se llenaba de su tradición oral. Los vecinos también sabían que era inspector de la policía de Nueva York, lo que le ofrecía protección, incluso en las manzanas más lúgubres.

Además, procuraba hacer la vista gorda con los delitos menores. Jamás detenía a los chicos que fumaban cigarrillos aromáticos; no malgastaba energía irrumpiendo en los lugares que vendían licor de contrabando; ¿qué más le daba a él que los hombres y mujeres de dichos puntos de venta se arriesgaran a acabar ciegos o muertos por culpa del alcohol? Había patrullas policiales que se encargaban de esas actividades. Se organizaban redadas si había un cargo político en juego, e incluso entonces, tras unas fotos y un intercambio de bastantes dólares, liberaban a los delincuentes. De ese modo,

Red Hook funcionaba con eficiencia y sus delitos quedaban en cuarentena: era lo único que la sociedad exigía de tales barrios.

Tras una semana de vuelta a las calles, charlando con quien podía y sentándose en silencio en las cafeterías para espiar las conversaciones de las mesas cercanas, oyó un nombre que cada vez se repetía más a menudo: Robert Suydam.

Efectivamente, Suydam se convirtió en el tema de conversación de las cafeterías de Red Hook y de los grupos de jóvenes con olor a clavo que charlaban en las esquinas de las calles. Incluso las mujeres que se asomaban a las ventanas de las casas de vecinos y hablaban entre ellas de un lado a otro de las calles y los callejones invocaban su nombre. Al cabo de pocas semanas, era como si todo Red Hook hablara con una sola voz y repitiera un único apellido, como un cántico.

*Suydam. Suydam. Suydam.*

## 12

Malone tomó la iniciativa de viajar a Flatbush. Hacía una agradable mañana para ello, y el paseo hasta la mansión de Suydam era corto. Entró en la finca y subió los escalones del porche; después llamó unas cuantas veces, pero nadie acudió a la puerta. Recorrió el perímetro de la casa con la intención de dar con un punto débil, una ventana abierta, alguna pista de la presencia de Suydam. Sin embargo, la mansión tenía un aire de abandono, como un cuerpo tras perder el alma.

Al final, Malone encontró los ventanales de la gran biblioteca. Aunque era un hombre alto, tuvo que estirarse para asomarse al interior. Las estanterías de la habitación, todas ellas, estaban vacías. No había nada allí, salvo un único sillón colocado de tal modo que le daba la espalda al policía. Empujó con los brazos para subir un poco más alto, al alféizar. A la sombra del mueble, en el suelo, vio unos zapatos. Al menos, eso le pareció. Allí había alguien sentado. O habían dejado sentado a alguien. Gruñó como un animal del esfuerzo que le suponía alzarse. Le temblaban los brazos, se le tensaba la espalda. ¿Una sombra o los tacones de unos zapatos de hombre? Quería dar unos toquecitos en el cristal, pero necesitaba las dos manos para mantener el equilibrio. Entonces, los zapatos se movieron un poco, como si la persona del sillón (¿de verdad había alguien allí sentado?) se preparara para levantarse. A Malone se le formó un nudo en la garganta. Aunque le costó, aguantó en el sitio. Estaba convencido de que el sillón se había movido. El cuerpo sentado se levantaba. El policía apoyó el codo en el alféizar. ¿Cómo era posible que Robert Suydam no hubiera oído a Malone en la ventana? ¿Qué prueba tenía, en realidad, de que se tratara de Suydam? Oyó una voz de hombre (o, más bien, una vibración) que recorría los gruesos cristales. No logró descifrar las palabras, aunque sí percibió un ritmo creciente. Un ensalmo.

Entonces, alguien agarró al inspector Thomas F. Malone.

Una mano poderosa tiró de la espalda del abrigo del policía, que cayó de la ventana a la hierba. Dos hombres muy jóvenes y de uniforme estaban de pie a su lado. Uno de ellos le dio una patada en las costillas. El otro se agachó, le puso una rodilla en el pecho y le registró los bolsillos con una mano. El agente encontró el revólver reglamentario, pero con la emoción del descubrimiento no lo reconoció como tal.

—Pistola —le dijo a su compañero—. ¿Qué más tienes? —le gritó a Malone.

El segundo agente le propinó otra patada, y ladró algo sobre un «robo» y «allanamiento de morada». Entonces, el que tenía la rodilla sobre el pecho de Malone encontró su placa de inspector. Aquello cambió el tono de la conversación. Es decir, que empezaron a conversar de verdad. Y a disculparse.

Los dos policías ayudaron a Malone a levantarse. El que le había dado las patadas seguía disculpándose. Sin embargo, él solo les pidió que lo alzaran hasta la ventana. La pareja se quedó algo desconcertada, pero el de la patada obedeció la orden y subió a Malone, que se asomó a la biblioteca: no solo había desaparecido la figura del sillón, sino también el sillón en sí.

## 13

A la mañana siguiente, Malone regresó a Red Hook, aunque esta vez solo encontró silencio. Cuando aparecía, enmudecían las calles. El mutismo se interpuso entre los residentes y él. Los jóvenes de las esquinas permanecían apiñados y no abrían la boca más que para respirar. Las mujeres que se asomaban a las ventanas sellaban sus labios en cuanto pasaba Malone. Cuando se sentaba a cenar en una cafetería, los hombres, los clientes habituales que echaban el día entero en la barra, pagaban la cuenta y se iban. Era como si hubieran advertido al barrio entero que evitase a Malone. ¿Sería porque había fisgado por la casa de Suydam?

Eso significaba que el inspector debía hacer algo que detestaba: tenía que acudir a los otros agentes que trabajaban en Red Hook. A él le gustaba su trabajo, pero se sentía bastante distanciado de todos los demás polis. En los dos primeros años como agente había intentado trabar amistad con los compañeros. Sin embargo, todos se reían cuando sacaba los temas que a él más le importaban. Algunos incluso intentaron echarlo del cuerpo. Los poetas debían ser soñadores, y los polis, tipos rudos. Esa era la idea, más o menos. Al final, Malone llevaba una vida casi de recluso; se había quedado solo incluso en las reuniones rutinarias y de vez en cuando compartía información sobre algún caso con los otros agentes. Después de que los ciudadanos de Red Hook le dieran tan claramente la espalda, se dirigió a la comisaría de la calle Butler. Buscó a los agentes que estaban de patrulla a pie, convencido de que lo humillarían antes de contarle nada sobre el barrio, pero lo cierto es que la pareja que encontró en la comisaría, al inicio de su turno, lo había estado buscando precisamente a él.

Parecían asustados.

Robert Suydam había ocupado tres edificios de viviendas en Parker Place, una de las manzanas que daba al sórdido paseo marítimo. ¿Había comprado los edificios?, preguntó Malone. Y, de ser así, ¿cómo lo había hecho tan deprisa? Los agentes no tenían respuestas que ofrecerle, sino tan solo más noticias sorprendentes que contarle. En una sola noche, todos los ocupantes de esos edificios habían huido; o los habían echado. En su lugar llegaron Suydam y libros de sobra para llenar cuatro bibliotecas. También apareció un ejército, puede que cincuenta personas de la peor calaña que se hubiera visto en Red Hook. La mudanza entera se había realizado sin que se viera ni un

solo camión en la calle. De una noche para otra, todas las ventanas de los tres edificios estaban tapadas con gruesas cortinas. La propiedad había sido ocupada por los semidioses locales del crimen y la depravación. En aquel lugar se cocía algo peor de lo que hubieran visto nunca los agentes. Todo al servicio del señor Robert Suydam.

Por último, le informaron de que Robert Suydam tenía un segundo al mando, un sargento, un negro antes desconocido en las fichas policiales de Brooklyn. Actuaba como portavoz de Suydam y daba órdenes cuando el anciano no estaba.

—Lo llaman Tom el Negro —dijo uno de los patrulleros—. Allá donde va lleva una guitarra manchada de sangre.

Malone no se percató de que se había desmayado hasta que los agentes lo ayudaron a levantarse.

Malone dejó a los policías y se fue derecho al paseo marítimo. Conocía Parker Place, así que se sentó en los peldaños de un porche, en una esquina. Sin embargo, se le olvidó que ya no era el detective alto y demacrado al que los habitantes de Red Hook toleraban entre ellos. Se había corrido la voz. En cuanto se sentó en el escalón y sacó su cuaderno, los inquilinos de ese edificio se encerraron dentro. Los niños de las esquinas cercanas se largaron a toda prisa. Los vecinos desaparecieron en el tiempo que él tardó en sacar la pluma. En aquel lugar no había nada más llamativo que un blanco solo sentado en un escalón. Se levantó, pero antes incluso de terminar de bajar del porche, el gruñido de una puerta de madera al abrirse resonó en la calle, ahora vacía. El negro de Harlem salió de uno de los bloques de Suydam. Malone hojeó su cuaderno: Charles Thomas Tester, así se llamaba.

A pesar de lo que le habían contado los agentes, en aquel momento no llevaba encima una guitarra manchada de sangre, y eso alivió a Malone más de lo que era capaz de explicar.

—El señor Suydam me ha pedido que me acerque a saludarlo —dijo el negro—. ¿Me recuerda?

Su porte, incluso su voz, habían cambiado mucho desde su último encuentro. El de Harlem hablaba sin disimular su desprecio y le devolvía la mirada a Malone de un modo tan directo que fue el policía el que apartó la vista.

—Tu padre —dijo Malone—. ¿Lo has enterrado ya?

—No me quieren entregar el cadáver. No hasta que concluya la investigación.

—Ya debería estar todo listo —le aseguró Malone, y al bajar la mirada se dio cuenta de que blandía la pluma como si fuera un arma. No la apartó.

—Dejé de intentarlo —repuso el negro.

Malone iba a hablar de nuevo, pero el otro se le adelantó.

—El señor Suydam quiere que tanto usted como los demás miembros de la policía sepan que se ha mudado al barrio de forma permanente. No regresará a Flatbush.

Ahora el negro observaba a Malone con el interés vidrioso de un gato que acecha a un pájaro. Malone se concentró en el cuaderno para escapar de aquella mirada.

—Como no está haciendo nada ilegal, espera que lo dejen en paz —añadió el negro.

—Nosotros decidiremos cuándo dejarlo en paz —repuso Malone con frialdad—. Y cuándo dejarte en paz a ti.

Había rostros en todas las ventanas, en todos los edificios, en aquella manzana y en la siguiente, observando a ambos hombres. Al inspector le parecía esencial mantenerse firme en su papel, aunque fuera más por los mirones que por él mismo.

—Charles Thomas Tester —dijo—, ese es tu nombre. Y tu sitio está en Harlem, no en Red Hook.

—Ahora me llaman de otro modo. Y mi nombre de nacimiento ya no ejerce poder sobre mí. Murió con mi padre.

—¿Tom el Negro? ¿Esperas que te llame así?

El otro no respondió, sino que contempló a Malone con mucha paciencia.

—No quiero volver a verte por aquí —dijo el policía—. Haré saber a las patrullas de a pie que si te encuentran en Brooklyn deben detenerte. No puedo prometerte en qué estado llegarías a tu barrio.

Tom el Negro miró hacia los edificios de ambos lados de la calle.

—El señor Suydam necesita un libro que solo se encuentra en Queens —repuso sin prestar atención a la amenaza—. Me dirijo allí ahora mismo.

—Ya te he dicho dónde deberías estar —intentó insistir Malone, aunque le falló la voz.

—Será mejor que usted no esté por aquí cuando vuelva —respondió Tom el Negro.

Lo que sucedió después fue inexplicable, difícil incluso de recordar. Tom el Negro hizo algo; Malone oyó algo. De repente escuchó un sonido grave muy fuerte, como si Tom hubiera emitido un tono bajo continuado dentro del cráneo del inspector, al que se le desenfocó la vista; el sonido le mareó, y perdió pie. Cayó sobre el escalón más cercano, como si le hubieran dado una bofetada. Se le revolvió el estómago, estaba a punto de vomitar. Entonces, una brisa tremenda le quitó el sombrero de la cabeza, y la prenda voló por Parker Place como si pretendiera escapar. Cuando a Malone por fin se le aclaró la vista, estaba solo en la calle: Tom el Negro había desaparecido.

El policía intentó levantarse, pero no pudo. Tuvo que meter la cabeza entre las rodillas y respirar despacio mientras contaba hasta cincuenta. Al levantar la vista de nuevo, vio que una mujer lo observaba asomada a la ventana de la tercera planta del edificio del otro lado de la calle.

—¿Qué ha pasado? —le gritó Malone.

Ahora podía levantarse, pensar; se agarró la cabeza y se palpó el cuerpo para ver si había recibido un disparo o una puñalada. No era así. El arma reglamentaria seguía en la pistolera del hombro, aunque el metal estaba más caliente de lo normal.

—¿Qué ha visto? —le gritó a la joven.

Ella respondió, pero Malone no comprendió el idioma. La joven siguió hablando, gritando, en realidad, y las palabras brotaron a toda velocidad sin que le resultaran más claras. ¿Por qué no había aprendido a hablar con aquellas personas? Malone se alejó corriendo, de vuelta a la comisaría de la calle Butler, y solo se detuvo para recuperar su sombrero. Allí ordenó a un agente y un coche patrulla que fueran con él. Tom el Negro le había dicho exactamente adónde iba, lo había provocado con esa información: se dirigía de vuelta a Queens, en busca de un libro especial.

Cuando llegaron a Flushing, Malone salió por la puerta del Model T y puso un pie en el estribo antes incluso de que frenara el conductor, que iba a la velocidad máxima de setenta kilómetros por hora. El inspector mantenía una mano sobre el sombrero para que no se le volara y la otra en la puerta para no volar él.

Sin embargo, cuando llegaron a la manzana de Ma Att no pudieron seguir en el coche, puesto que las calles y las aceras estaban abarrotadas. La mañana en que levantaron barricadas en la calle 144, las hordas de Harlem habían salido de sus casas. Ahora, en vez de caras negras, veía caras blancas, pero en una cantidad bastante similar.

El agente tocó el claxon y gritó a los vecinos que se apartaran, aunque era como chillarle a la nieve que se limpiara sola. Malone bajó del coche de un salto y se metió entre el gentío de hombres y mujeres tan pegados que parecían trabajar en su contra. Les gritó (¡que era un inspector!), a pesar de que se le notaba un timbre desesperado en la voz. Y, peor aún, a la muchedumbre le dio lo mismo. Actuaban como hechizados. ¿Qué era lo que llamaba tanto su atención?

Cuando se abrió paso a través del círculo de mirones, sintió el impulso de taparse los ojos. No obstante, al final el estupor pudo con él, como le había sucedido al resto de los presentes.

—¿Cómo? —masculló.

Hacía tan solo una semana que había estado en aquella dirección. Había hablado con Ma Att en el umbral de su casa. El señor Howard se había arrodillado para contar su dinero. Y ahora daba la impresión de que Ma Att había desaparecido. Junto con todo el edificio. Las paredes, el tejado, las ventanas, el pequeño buzón que colgaba junto a la puerta principal. Nada. Patio delantero incluido. Lo habían arrancado todo de cuajo como si de malas hierbas se tratara. Lo único que quedaba eran las tuberías de desagüe y de conducción de agua. Asomaban por el agujero como un esqueleto a medio desenterrar. El terreno era una tumba abierta.

—¿Cómo? —repitió Malone, sin añadir nada más.

Después examinó la zona en busca de escombros. Quizá la casa hubiera estallado. Pero no los había.

La vivienda había desaparecido.

Se recuperó de la conmoción y se percató de que era el primer agente que llegaba al lugar de los hechos, así que se volvió hacia la multitud. Les preguntó qué habían visto. Nadie contestó, siguieron todos hipnotizados.

Decidió zarandear a algunos de los que estaban en primera fila, aunque no logró que le explicaran lo que había sucedido, sino que le contaron lo que habían sentido: mareo, náuseas, una extraña nota grave que les sonaba dentro de la cabeza... La mayoría estaba dentro de casa, no observando el hogar de la anciana, cuando empezaron aquellas sensaciones. Lo que los sacó a la calle fueron los gritos de una mujer.

—¿Qué mujer? —preguntó Malone, pero nadie era capaz de identificarla.

Llegaron más policías, además de los bomberos, y la gente se dispersó. Cuando se alejaban, una señora se acercó a Malone: ella era la que había gritado. Lo había visto todo.

—Un negro entró en la casa —dijo—. Lo vi desde mi ventana, esa de ahí —añadió mientras señalaba al otro lado de la calle—. Me preocupó porque tengo dos niños y quiero que estén a salvo.

—Por supuesto. Es comprensible.

La mujer asintió y siguió hablando:

—Fue derecho a la casa, y la anciana lo dejó entrar. Eso me sorprendió. Verá, nunca ha sido muy sociable, al menos con la gente de por aquí. Pero ¿a ese sí lo dejaba entrar? Mi hija empezó a llorar en la cocina, pero yo no podía dejar de mirar. La curiosidad me mataba.

La mujer se calló de repente y volvió a mirar a Malone.

—Me cuente lo que me cuente, no me va a parecer extraño —le aseguró él.

Ella contempló el terreno vacío.

—Ese negro salió otra vez de la casa con algo en la mano. Se lo metió en el abrigo, regresó a la acera, miró hacia la casa; nada más, solo la miró. O quizá no estuviera solo mirándola, porque lo vi de espaldas. Entonces se abrió la puerta principal, quiero decir, que se abrió de par en par, y la anciana estaba allí mismo, ¡gritándole! Salió a los escalones del porche, y yo di un paso atrás para apartarme de la cortina. No la había visto nunca fuera de su casa, ni siquiera un segundo. ¿No es raro? Pero es la verdad. Hacía años que le llevaban la compra a casa. Y, de repente, está fuera. Debía de estar muy enfadada. Es lo que pensé. ¡Que bajaba las escaleras para poner a ese negro en su sitio!

»Bueno, no sé cómo contarle lo siguiente, así que se lo diré como lo vi, ¿vale? Salió, y el negro se quedó allí, esperándola pacientemente, y fue como

si se abriera una puerta. ¿Ve allí, donde la cancela de la funeraria linda con su propiedad? Pues ahí se abrió... algo. Digo que fue una puerta, pero no me refiero a una puerta de verdad. Era como un agujero o un bolsillo, y el bolsillo estaba vacío por dentro, negro. No sé cómo explicarlo de otro modo. Como el cielo por la noche, aunque sin estrellas. Y mientras pasaba todo eso, mi Elizabeth no dejaba de llorar en la cocina.

La mujer dejó caer la cabeza, cerró los ojos y se los tapó con una mano.

—Entonces ese negrata... —Miró hacia el terreno y extendió el brazo izquierdo. Después hizo un gesto con la mano, la sacudió—. Hizo esto, como si espantara a un gato. O como cuando abro la puerta de atrás de la cocina y uso la escoba para echar la porquería al exterior.

—¿Al... *exterior*? —repitió Malone. Notaba los labios secos.

—Y de repente no podía enfocar la vista y me mareé. Oí un sonido detrás de los ojos, metido en la cabeza. Había dejado a mi hija llorar sin parar, ¿por qué haría algo así? No soy de esa clase de gente. Entonces, cuando se me aclaró la vista y se me pasó el mareo, vi a ese hombre en la acera, pero solo. Vamos, que la casa no estaba, la hierba no estaba y esa vieja... tampoco.

—¿Y la puerta? ¿El agujero que vio?

La mujer se sostuvo la barbilla y miró hacia aquel punto en concreto.

—Supongo que tampoco estaba. No pensaba con claridad. Corrí afuera. ¿Se lo puede creer? Pretendía detener a ese negro yo misma, si era necesario. Pero para cuando abrí la puerta delantera, ya se había ido. Me quedé allí, gritando. Era eso o que me estallara la cabeza después de lo que había visto.

Tom el Negro tenía el libro. Lo que significaba que Robert Suydam pronto lo tendría. Y lo que era peor, Tom el Negro se había librado de Ma Att de algún modo, con un único gesto de la mano. Si un simple lugarteniente poseía tanto poder, ¿qué desastres podría provocar Suydam? De repente, Malone se sintió muy pequeño.

—¿Y su hija? —preguntó—. ¿Estaba bien?

La mujer sonrió y sacudió la cabeza.

—Lloró hasta dormirse allí mismo, en el suelo de la cocina. Estaba intentando abrir el tarro de los caramelos de menta.

Malone regresó al coche patrulla. Llamó al agente, y los dos se dirigieron a la comisaría de la calle Butler. Allí habló de lo sucedido en la casa de Ma Att sin entrar en detalles: daños a la propiedad, personas desaparecidas, robo a gran escala. No comentó nada sobre el testimonio de la vecina. Sus superiores se habrían pasado horas cuestionándolo y días sin creérselo, y Malone estaba seguro de que les quedaba poco tiempo que perder.

Tom el Negro ya le habría llevado el libro a su amo. Malone tenía que planear el modo de conseguir que todo el cuerpo de policía de la ciudad de Nueva York lo acompañara a Red Hook. Acudió a sus superiores. Afirmó que Suydam y Tom el Negro estaban destilando alcohol en los sótanos de los tres edificios de viviendas, donde también alojaban a inmigrantes ilegales de las naciones menos deseables. Para concluir, añadió, era probable que el negro hubiera secuestrado a la anciana y la hubiera llevado hasta un oscuro sótano para dar rienda suelta a su depravación. Era la motivación adecuada para los jefes del inspector, que, en cuestión de una hora, estaban reuniendo a los agentes de tres comisarías distintas, un ejército entero de camino a la batalla.

En la práctica, la realidad de trasladar a casi setenta y cinco agentes de policía, junto con el equipo necesario para una redada con todas las de la ley, significaba que los escuadrones no llegaron a Red Hook hasta la noche. Para aquel entonces ya había informes sobre tres niños secuestrados y retenidos en bloques de viviendas ocupados por Robert Suydam. Se decía que los niños eran «noruegos de ojos azules». Los rumores afirmaban que los noruegos empezaban a salir a la calle en los barrios más cercanos a Gowanus, y que la policía tenía que llegar antes que ellos a Parker Place. Las guerras étnicas se convertirían en un problema si se extendían más allá de Red Hook.

Cuando llegaron los agentes, cortaron el acceso a la calle: tres Model T aparcados en ángulo en ambos extremos de la manzana, igual que en la calle 144 de Harlem. Dos camiones de los servicios de emergencia estaban colocados frente a los edificios de Suydam. Los residentes de las casas adyacentes no necesitaron advertencia alguna ni que nadie les rogara que se marchasen: evacuaron la zona antes de que la policía hubiera pisado el freno. Esos residentes se congregaron detrás de los coches patrulla y abarrotaron las entradas de las viviendas de las manzanas cercanas. Red Hook al completo asistió al acontecimiento. Los vecinos se subían a los tejados de sus edificios o se asomaban a las ventanas para presenciarlo. Todos vieron lo que la policía descargaba de los camiones de los servicios de emergencia.

En 1895 habían nombrado presidente de la Junta de Comisarios de Policía a Theodore Roosevelt y, aunque ocupó el cargo durante solo dos años, dio inicio al proceso de modernización del cuerpo. Como resultado, los agentes contaban con una ingente cantidad de armas para ocupar los tres bloques. Cada hombre llevaba su arma reglamentaria, pero, además, de la parte de atrás de los camiones salió un arsenal: fusiles Springfield M1903 y pistolas semiautomáticas Browning M1911 para los que querían llevar un arma en cada mano. Tres ametralladoras Browning modelo 1921 se instalaron en la calle. Hicieron falta tres hombres para bajarlas una a una de los camiones. Las colocaron en fila, cada una de ellas apuntando a la entrada de cada uno de los edificios. Eran como un trío de cañones, más apropiados para la guerra en tierra firme que para derribar las puertas de una casa de vecinos.

Cuando soltaron las 1921 en el suelo, eran tan pesadas que salieron volando por los aires gruesos fragmentos de asfalto. Al ver las ametralladoras,

el barrio entero jadeó al unísono. Aquellas armas estaban diseñadas para derribar aviones del cielo. Gran parte de la población local había huido de países sitiados, en plena guerra, y no esperaba que en los Estados Unidos se emplease aquella clase de artillería contra los ciudadanos.

Las 1921 inquietaron a Malone, pero ¿qué podía hacer? Él era el que había reunido a las fuerzas, y ahora campaban por sus respetos. Ocupó su lugar y esperó la orden de ataque, que no tardó en llegar.

El inspector observó la entrada de la primera oleada de agentes en los edificios. Las ventanas de todas las plantas estaban tapadas y a oscuras. Los policías entraron gritando, con la esperanza de sembrar el terror y la sorpresa. Al cabo de unos segundos oyeron el ruido de las puertas interiores al abrirse. El barrio entero contempló el trabajo policial, algunos con cara de curiosidad; la mayoría, emocionados. Los jóvenes, en concreto, disfrutaban de la violencia. Los chavales vitoreaban a los policías que recorrían los pisos, aunque ellos solo estaban de parte del caos.

Pronto se puso el sol y se hizo de noche.

Malone, por fin, subió las escaleras del primer edificio, del que había visto salir a Tom el Negro aquella mañana. Mientras los demás agentes registraban el lugar en busca de inmigrantes ilegales y bebés blancos secuestrados, Malone buscaba a Robert Suydam. Y allá que fue, escalones arriba y hacia el vestíbulo.

Observó a los policías que subían a las plantas superiores de aquel bloque, mientras los demás se agrupaban en la entrada para esposar a varios hombres de piel morena que habían sacado de los pisos de arriba. Sin embargo, a Malone le pareció muy raro que ni uno de los agentes hubiera abierto una puerta que se encontraba al otro extremo del vestíbulo. De hecho, ni se habían percatado de su presencia. Era como si no la vieran.

Se acercó a la puerta y, tras examinarla, descubrió una letra escrita de manera casi imperceptible en ella: una O. La letra era poco más que polvo, pero, cuando intentó borrarla, se negó a desaparecer. Ni siquiera logró romper el círculo arañándola con la uña del dedo gordo: nadie borraría aquella O.

—Cero —dijo en voz baja—. La decimoquinta letra del Alfabeto Supremo.

Malone miró a los otros policías. Le habían dado la espalda y ni siquiera sabían que lo habían hecho, que la letra funcionaba como un sello que los impulsaba a volverse. Recargaron sus armas, llamaron a los hombres de las plantas superiores y sujetaron con fuerza a sus prisioneros. El inspector podría

haberles gritado, pero no lo oirían. De no haberse pasado la vida estudiando tales misterios, lo más probable era que él tampoco hubiese visto el símbolo.

Probó a abrir la puerta: no estaba cerrada con llave. ¿Por qué iba a estarlo? Nadie salvo Malone era capaz de detectarla. Ansioso, sacó su revólver. Cuando abrió la puerta del todo, estuvo a punto de chillar del susto: Tom el Negro estaba al otro lado, pero detrás del negro veía la casa de Robert Suydam. Aunque Malone solo había visto la biblioteca desde fuera, a través de los ventanales, reconoció las paredes con las estanterías empotradas. Al asomarse a las ventanas aquella misma mañana, las estanterías estaban vacías. Sin embargo, en aquel momento estaban repletas. Tom el Negro le devolvió la mirada de asombro. Parecía infinitamente más joven o más inocente, allí, en el umbral. Sostenía una guitarra en la mano, aunque no estaba manchada de sangre. Malone se sintió tan abrumado que, por instinto, empezó a apretar el gatillo. Sin embargo, antes de disparar, Suydam corrió a la puerta y se la cerró en las narices.

El inspector apartó el dedo del gatillo y volvió a mirar a los otros polis del vestíbulo: ni siquiera aquella escena había despertado su interés. Una magia potente flotaba en el aire. Agarró el pomo de la puerta y se hizo a un lado para no encontrarse justo en medio si algo extraño aparecía de nuevo al otro lado. No obstante, esta vez solo descubrió unas escaleras a oscuras que conducían al sótano. Malone guardó el arma en su pistolera, entró, y una ráfaga de aire caliente le sopló en el rostro, como el aliento de un enorme animal. Le ardía la cara con el hedor al agua del río. Allí arriba, en lo alto de las escaleras del sótano, se aferró al pomo de la puerta. Darse media vuelta y salir... Tan fácil como eso.

—No te tapes los ojos ahora —le dijo Robert Suydam desde el sótano—. Si de verdad eres un buscador, acércate y encontrarás la visión verdadera.

Aquellas palabras fueron la provocación que lo impulsó a entrar y cerrar la puerta.

Cuando llegó al último escalón, se metió la mano en el abrigo. En un bolsillo llevaba su revólver y, en el otro, su cuaderno de conocimientos arcanos. No estaba seguro de cuál de los dos pretendía sacar, de cuál le ofrecía mayor protección en aquel espacio. Esta vez eligió el cuaderno.

Habían ampliado el sótano de aquel bloque derribando las paredes que comunicaban aquel edificio con el siguiente. Se veían pilas de escombros en el suelo y media docena de almadenas en una esquina. Los sótanos de las tres casas de vecinos estaban conectados para formar un único espacio, y habían encendido lámparas de queroseno en el suelo, a intervalos regulares, lo que

ofrecía al inspector una visión en penumbra de la gran sala. Pero ¿no se habían mudado Suydam y los suyos hacía menos de dos días? Aquel era el resultado del trabajo de muchos hombres a lo largo de muchos meses. La magnitud de la labor lo estremeció.

Sí que vio un objeto que reconocía: un sillón en el punto más alejado de la cámara del sótano. Era el mismo sillón que, doce horas antes, se encontraba en la biblioteca de la mansión de Robert Suydam. El sillón estaba colocado de espaldas a Malone, e incluso desde la distancia a la que se encontraba veía que lo habían elevado de algún modo, quizá sobre un montículo de tierra, para que se asemejara a un altar. El sótano se convirtió en un retorcido tabernáculo, una iglesia dedicada a un dios corrupto.

A medio camino del sillón, una forma se movía entre las sombras: un hombre. El inspector no le había puesto los ojos encima desde sus apariciones en el tribunal, y allí estaba, con las manos en los bolsillos del mismo chaleco que llevaba cuando acudió a defender sus facultades mentales.

—Robert Suydam —lo saludó Malone.

El hombre lo miró, aunque, en la penumbra, resultaba imposible descifrar su expresión. Después se volvió y habló con alguien que seguía oculto entre las sombras. Al final, Suydam alzó una mano para indicarle que se acercara.

Incluso entonces tuvo Malone la oportunidad de escapar, pero vislumbró unas palabras escritas en la pared más cercana a él, pintadas en negro con una brocha gorda. La pintura goteaba, así que solo eran legibles algunas de las palabras. El inspector sacó su pluma, abrió el cuaderno y transcribió lo que pudo:

«Gorgo, Mormo, la luna de las mil caras».

Había mucho más, pero la luz era tan tenue que Malone no lograba leerlo entero.

—Se lo puedo explicar, si quiere —dijo Suydam, que se había acercado sin hacer ruido alguno hasta colocarse lo bastante cerca como para tocarle el brazo o cortarle el cuello.

El olor del río era más fuerte, el hedor sucio del fango. Aunque Malone bajó la mirada para comprobar si el sótano se había inundado en algún momento, el suelo estaba seco. Era Suydam el que olía de aquel modo; no su ropa, sino su interior. Cada vez que el anciano dejaba escapar el aliento, una ola de putrefacción fluvial bañaba a Malone.

Ahora sí podía distinguir las facciones de Suydam con más claridad, sobre todo los ojos, que emitían una luz más débil, como si el hombre hubiera envejecido cien años desde que Malone lo viera ante el juez. El anciano fue a

agarrar el brazo del inspector, pero fue un contacto extraño: en vez de sujetarlo con fuerza, era casi como si lo empujara.

—Ya he terminado aquí, señor.

Tom el Negro. Salió de donde se encontraba, en el centro de la sala, con un cubo en una mano y un cepillo de cerdas en la otra. El cepillo chorreaba pintura negra.

—He hecho lo que me ordenó —añadió Tom—. He escrito un saludo de bienvenida.

Suydam soltó a Malone y se volvió hacia Tom el Negro.

—Nada de esto habría sido posible sin ti —le dijo.

—Solo presto servicio —repuso el otro en voz baja.

A Malone le llegó el olor del cubo: un penetrante aroma a metal húmedo. El cubo estaba lleno de sangre. Las palabras de las paredes estaban escritas con ella. En ese momento, el inspector podría haber sacado el revólver del bolsillo para matar a ambos hombres. Nadie en su sano juicio lo habría culpado por ello. Sin embargo, no lo hizo. ¿Por qué no?

Robert Suydam sonrió.

—Quiere ver qué más hay.

—Sí —respondió Malone con un breve gesto de cabeza, casi avergonzado.

El anciano suspiró.

—Es lo que nos ocurre a la mayoría de nosotros: debemos saber, aunque eso nos condene.

Después se volvió y tropezó con Tom el Negro, que esperaba muy cerca. El cubo cayó y aterrizó en el suelo con un estrépito metálico, y la sangre que quedaba dentro se derramó y dejó una mancha en el sótano. El cubo vacío dio dos vueltas, y Tom el Negro salió corriendo detrás de él. En aquel momento, Robert Suydam agarró de nuevo a Malone por el codo.

Tom se agachó con el cepillo de cerdas todavía en una mano. Le dio la vuelta al cubo.

—No queda nada, señor —dijo.

—¿Ah, no? —preguntó Suydam, y se le rompió la voz.

—De todos modos, ya casi había terminado —añadió Tom antes de añadir —, señor.

Suydam soltó a Malone y agachó la cabeza.

—Entonces, supongo que da igual.

—Supongo, señor.

El anciano alzó una mano y le hizo un gesto a Tom el Negro para que se apartase. Malone y Suydam se internaron juntos en el sótano. Había más palabras en las paredes. El inspector leyó algunas en voz alta.

—Justicia. Reina. Nacida. Ego.

Suydam leyó las dos siguientes:

—Sabiduría. Desconocido.

—El Alfabeto Supremo —dijo Malone.

—Casi. Solo queda la última letra. Y después...

Justo cuando Malone esperaba que la voz del anciano sonara exultante, lo cierto es que parecía agotada. Como si se encontraran a kilómetros de distancia, oyó los gritos de sus agentes en la calle y después los inconfundibles estallidos de los disparos. Primero, pistolas; después, fusiles.

—Ya empieza, señor —anunció Tom el Negro. Su voz, a diferencia de la de su amo, era puro júbilo.

Malone observó a Tom. Cuando miró de nuevo a Suydam, el anciano le devolvió la mirada con rabia. Los ruidos de disparos en la calle aumentaron de intensidad, y los mirones aullaban y gritaban.

—Debería ver el resto antes de que todo acabe —dijo Tom el Negro—. Colóquese al lado de ese sillón.

Entonces empujó al inspector hacia el sillón del otro extremo de la gran cámara. Malone no se lo discutió ni se ofendió: se alejó con sumo gusto.

Caminó hacia el asiento. Notaba las piernas más rígidas, más pesadas, y la mente algo turbia, como si nadara por una piscina en tinieblas. ¿Era únicamente por miedo y curiosidad o de verdad había cambiado la atmósfera mientras él recorría aquel espacio? Detrás de él oyó hablar a Suydam, aunque le costaba distinguir las palabras.

«¡El Rey Dormido!».

¿Era eso lo que había gritado el anciano?

En la calle, las ametralladoras desgarraban el aire. No una ni dos, sino las tres 1921 disparando a la vez. Malone no estaba seguro de haber oído gritar a alguien dentro de las viviendas, pero ¿por qué si no iba a disparar la policía? ¿Cuánto tiempo podían resistir los edificios el envite de un trío de metralletas antiaéreas? En Parker Place estaba sucediendo un cataclismo, y bajo tierra el aire olía a aguas residuales, humo y la amenaza de un sortilegio.

—¡Él espera en el *Exterior*! —gritó el anciano—. No nos separan kilómetros, sino dimensiones. El Rey Dormido aguarda al otro lado de la puerta. Lo despertará un hombre de voluntad inquebrantable.

—¡Supongo que ese es usted! —gritó el inspector al acercarse al sillón.

En él había alguien sentado.

De repente, una fuerte ráfaga de viento recorrió el sótano, como si alguien hubiera abierto una ventana durante un huracán. Malone se agarró al sillón para no caerse. Había alguien sentado en él, no cabía duda. Alguien grande. ¿Se trataba del Rey Dormido?

Una luz intermitente alumbró el cuarto, y el inspector se giró para buscar su origen. Cuando se encendía, cada centímetro de la cámara era visible, ninguna sombra permanecía oculta. Al volver la vista atrás, Malone vio a Robert Suydam y a su sirviente, Tom el Negro, en medio del sótano. Y ¿detrás de ellos? Se abrió una cavidad, una puerta. Ya no veía las escaleras que conducían a la altura de la calle, sino una gran burbuja de oscuridad que no era oscuridad pura. A través de aquella puerta se asomó a las profundidades de un mar insondable. Y, en aquel mar, atisbó la silueta de algo enorme, imposible de reconciliar con su mente racional.

—¡Intenté advertírsele! —gritó Robert Suydam—. ¡Este pirata traicionero es un asesino! ¡El Faraón Negro está aquí!

El incansable tiroteo continuaba en la calle, mil ráfagas, puede que más. El techo del sótano se fragmentó; caía polvo. La policía estaba derribando el edificio con sus Browning 1921. No bastaba con detener al hombre del interior, sino que también pretendían arrasar los bloques de viviendas. Malone se aferró al sillón como si fuera un bote salvavidas en plena tempestad. La figura sentada, todavía envuelta en sombras, le preocupaba menos que lo que vio a continuación.

Tom el Negro alzó una mano en el aire y algo plateado reflejó la luz: le rebanó el cuello a Robert Suydam con una navaja de afeitar. El anciano se derrumbó entre gritos. El inspector no sabía que un hombre pudiera gritar con la garganta cortada, pero acababa de descubrirlo. Detrás de la escena de asesinato, la gran puerta seguía abierta y aquel profundo agujero en la existencia se expandía.

Malone rodeó el asiento, soltó el cuaderno y manoseó el abrigo en busca del revólver. Hincó una rodilla en el suelo y contempló el perfil de la figura del sillón. Conocía a aquel hombre. Estuvo a punto de ahogarse con sus palabras.

—Señor Howard —susurró.

El detective privado estaba sentado en el sillón, e incluso muerto parecía angustiado. Le habían desollado la parte superior de la cabeza. Al señor Howard le habían arrancado el cuero cabelludo; la piel cercana a la zona

estaba rizada y resbaladiza. Malone se estremeció ante el gris horror del cráneo expuesto.

La mano del inspector encontró el revólver en la pistolera del hombro.

Tom el Negro estaba junto a la figura postrada de Suydam, con la navaja todavía en la mano derecha, aunque levantó la izquierda, en la que llevaba el objeto que antes Malone había confundido con un cepillo de cerdas.

—¡Tuve que ingeniármelas de algún modo! —gritó—. El señor Howard resultó ser bastante útil cuando llegó el momento de pintar. Al menos, parte de él resultó útil.

Malone se enderezó y le dio una palmadita rápida a la rodilla del detective. Nadie se merecía una muerte así.

El inspector se puso en pie. Tom el Negro se acercó más al sillón. Malone ordenó a su reticente mano que sacara la pistola. Por encima de sus cabezas se desmoronaban y caían los pedazos de yeso. Mientras tanto, Suydam todavía no había muerto del todo; arrodillado, inclinado hacia delante, agarrándose el cuello mientras su esencia se le derramaba entre los dedos, aullaba más de perplejidad que de dolor.

—Ni siquiera ahora es capaz de imaginarse que no triunfará —comentó Tom, y señaló con la mano a Suydam. El negro sujetaba la navaja como si nada, convertido en un asesino sin conciencia. Tenía los dedos pegajosos de sangre. Miró al techo—. Os van a tirar este sitio encima.

—Será que nos lo van a tirar encima —dijo Malone, con la mano todavía dentro del abrigo—, a los tres.

El portal permanecía abierto, y, sin poder evitarlo, una parte de Malone disfrutaba del espectáculo. Se le adaptaron los ojos a la oscuridad. Contemplaba una ciudad perdida hacía eones, en el fondo del mar. Y en medio de aquella metrópolis en decadencia vio una figura tan grande como una cadena montañosa.

—Escucha —le dijo Tom el Negro mientras señalaba al techo, a la vorágine de disparos y gritos de la calle—. Esta canción no me la enseñaron mis padres. Es toda mía.

Las metralletas siguieron con su repiqueteo. ¿Cuánta munición podía quedarles? Los gritos de los vecinos se fundían como si de un solo instrumento se tratase para tocar con las 1921. Y Robert Suydam, el pobre diablo, todavía estaba vivo. Chillaba mientras la sangre le chorreaba entre las manos. Cada uno de aquellos sonidos se disponía en capas, uno encima del otro, uno con el otro. Una música demencial, una orquestación maléfica.

—A mí me suena tan dulce como una balada —comentó Tom.

—Mataste a la anciana —dijo Malone—. A Ma Att.

—No es posible matarla, pero me libré de ella.

—Soy agente de la ley. ¿No entiendes las consecuencias de hacerme daño?

—Las armas y las placas no asustan a todo el mundo —repuso Tom el Negro.

—¿Cómo? —preguntó el inspector—. ¿Cómo puedes hacer todo esto?

—Suydam me enseñó que tales cosas eran posibles. Sin embargo, el viejo no tenía el carácter necesario para llevarlas a término. Tuve que ser yo el que atravesara las puertas y aceptara mi destino. Suydam resultó ser como cualquiera: quería poder, pero el Rey Dormido no concede peticiones mezquinas.

—Entonces, ¿por qué lo haces tú? —preguntó el inspector, como un niño perplejo—. Si no es por poder, ¿qué sentido tiene?

Tom le agarró el cogote con fuerza al policía, que nunca antes había sentido el apretón de John. Dolía. El negro lo apartó del sillón y, mientras se movían, derribó el mueble de una patada, de modo que el cadáver del señor Howard quedó desparramado en el suelo.

—Llevo dentro un infierno —gruñó Tom el Negro—. Y como nadie se compadecía de mí, deseé arrancar los árboles, sembrar el caos y la destrucción a mi alrededor, y sentarme a disfrutar de las ruinas.

—Entonces, eres un monstruo.

—Me convirtieron en uno.

Se acercaron al anciano, que seguía jadeando, aunque con la pérdida de sangre había caído de bruces al suelo. Gorgoteaba como un desagüe. Tom llevaba al inspector hacia el portal, y este tuvo la repentina certeza de que lo iba a lanzar dentro, a empujarlo al otro lado. Temía menos ahogarse en aquel mar lejano que acercarse más a la oscura ciudad maldita, la antigua ciudad empapada, y al ser que se extendía entre sus escombros.

—No —susurró—. No me envíes allí. No me envíes allí.

—Creía que eras un buscador. Bueno, pues ahí lo tienes.

Tom el Negro obligó a Malone a arrodillarse. Estaban a tres metros del portal. El intenso viento que brotaba del agujero no olía al océano, sino a pura corrupción. Aullaba, y los sentidos del policía se tambalearon, víctimas de una repulsiva sabiduría.

—Palabras y música —dijo Tom, hablándole al oído—. Eso es lo que se necesita para esta canción. Ya oyes la música de arriba, pero las palabras no

están terminadas. Solo queda una letra más por escribir, aunque no me vendría mal un poco más de sangre. ¿Te gustaría ayudarme?

A través del portal, entre las ruinas de la ciudad hundida, Malone percibió los enormes rasgos de la criatura: un rostro, o más bien la perversión de uno. Las zonas superiores de su tez eran suaves como un cráneo humano, pero, debajo de los ojos, el rostro palpitaba y se encrespaba, tentáculos, zarcillos. Por suerte, los párpados del tamaño de velas sin desplegar seguían cerrados, aunque se agitaban como si fueran a abrirse.

—¡Basta! —gimió Malone, y cerró los ojos—. ¡No quiero ver!

Tom le rodeó el cuello con un brazo y se lo apretó con fuerza.

—El nombre de mi padre era Otis Tester —le susurró—. El nombre de mi madre era Irene Tester. Deja que te cante su canción favorita.

El inspector tiró del brazo del negro con una mano, pero con la otra intentó de nuevo coger la pistola. Mientras Tom lo asfixiaba, mientras Tom cantaba, él consiguió que una parte de su mente conservara la racionalidad en medio de tanta locura.

*Encuentra la pistola.*

*Usa la pistola.*

—No hagas caso de los que se ríen en tu cara —cantó Tom el Negro en voz baja.

*Encuentra la pistola.*

*Usa la pistola.*

—No hagas caso de los que se ríen en tu cara.

La mano de Malone dio con el bolsillo del abrigo y se metió dentro. Agarró el revólver.

—Oye, recuerda, un amigo de verdad rara vez se encuentra —murmuró Tom.

La mano del inspector salió con el arma. Solo tenía que levantarla y apretar el gatillo tantas veces como pudiera. De tan cerca, se quedaría sordo, quizá de forma permanente, pero derrotaría a Tom el Negro, y eso era lo esencial.

El negro gruñó. De repente, estaba haciéndole algo al rostro de Malone, aunque Malone no entendía qué era. Al levantar la mano, una sensación nueva lo paralizó: le habían prendido fuego. Un dolor ardiente cuya causa no ubicaba. Solo sabía que la agonía era tan atroz que el mundo pareció estallar. Aulló como aúllan los animales, y la mano que sostenía la pistola disparó sin su consentimiento. Se le cayó de la mano y voló a través del portal, hacia el mar lejano.

El inspector gritaba sin parar, y se soltó del brazo de Tom el Negro. Después se dio golpes en la cara, como si así pudiera espantar su tormento. El otro gruñó de nuevo, y a Malone se le humedecieron los ojos. Algo le estaban haciendo a sus ojos. La sensación de que tiraban de ellos, como si le arrancaran la cara. Tom el Negro sostenía una navaja en la mano, y estaba cubierta de sangre.

Tom el Negro le había cortado los párpados a Malone.

—Intenta cerrarlos ahora —dijo—. No puedes hacerte el ciego cuando más te convenga. Ya no.

A través del portal, el inspector fue testigo, contra su voluntad, del momento en que una montaña se giraba para tenerlo de frente. La montaña abrió los párpados. En las profundidades del mar despertaron un par de ojos que brillaban como las estrellas. Malone lloró.

Entonces, la visión desapareció. La sangre le nublaba la vista. Por primera vez, el ruido de las ametralladoras quedó ahogado por la nueva destrucción: el edificio central se vino abajo, y eso terminó de empujar a los otros dos, que se derrumbaron. Para Malone, fue como si el mundo se partiera por la mitad.

Tom el Negro por fin lo soltó, y él cayó al suelo del sótano. Su verdugo le susurró unas últimas palabras al oído. Suydam yacía a metro y medio de él, muerto al fin.

Malone distinguió la figura de Tom el Negro, que se agachó a su lado, mojó un dedo en la sangre del inspector y pintó algo en el suelo, justo ante el portal. Cuando terminó, el umbral se cerró.

Las escaleras del sótano, las que conducían a la calle, volvieron a ser visibles. La puerta de lo alto se abrió de golpe, y por ella entraron dando tumbos media docena de policías. Creían que escapaban de lo peor al descender bajo tierra, cuando, en realidad, de repente se encontraron en las entrañas del más espantoso de los infiernos. Habían escapado de un edificio que se derrumbaba para acabar en un matadero. Los cadáveres de dos blancos, el cuerpo torturado del inspector Malone, de Brooklyn, las paredes y el suelo manchados de sangre, y un negro de pie en medio de la escena.

Dos de los agentes se volvieron para regresar escaleras arriba, pero el yeso y los ladrillos caídos se lo impidieron. Los otros cuatro alzaron de inmediato las armas —fusiles y pistolas— para apuntar a Tom el Negro.

Tom caminó hacia ellos con la navaja por encima de la cabeza. Incluso en pleno dolor y delirio, Malone ordenó a los agentes que abrieran fuego, un grito que ansiaba sangre. Los otros dos agentes se unieron a sus colegas al pie

de las escaleras y sacaron los revólveres reglamentarios. Juntos, aquellos seis policías dispararon cincuenta y siete balas a Tom el Negro.

El inspector Thomas F. Malone sobrevivió al horror de Red Hook y recibió la más alta condecoración del departamento a su salida del hospital, seis semanas después. Se había pasado veinticuatro horas atrapado en el sótano mientras sus colegas y los miembros del cuerpo de bomberos se esforzaban por rescatar a los supervivientes. Malone fue el único que salió con vida. La lista de los fallecidos recuperados del sótano la componían el señor Robert Suydam, el señor Ervin Howard y seis agentes del departamento de policía de la ciudad de Nueva York. Las heridas encontradas en los cuerpos indicaban que aquellas personas habían muerto asesinadas por un objeto afilado, pero por mucho que registraron el sótano no encontraron el arma.

Durante su convalecencia en el hospital, al inspector lo visitaron, entre otros, el presidente de la Junta de Comisarios, el jefe de estado y cuatro subcomisarios distintos. El alcalde Hylan se acercó a hablar con él, igual que el arzobispo Patrick Joseph Hayes. Unos cuantos ciudadanos habían escrito a Malone para preguntarle algunas cuestiones que desconcertaban al presidente de la Junta de Comisarios; había examinado dicha correspondencia y no le había enviado ninguna carta al inspector. Un hombre de Rhode Island pero residente en Brooklyn con su mujer fue tan insistente que le enviaron a un par de agentes a su casa para dejarle claro que no era bienvenido en Nueva York. Quizá fuera mejor para su salud mudarse a Providence. El hombre abandonó la ciudad poco después y no regresó jamás.

Los periodistas hicieron todo lo posible por colarse en la habitación de Malone, pero el alcalde lo tenía en un ala privada del Hospital Metodista de Nueva York por miedo a que el inspector contara alguna historia rara a la prensa. Se temía que diera a conocer su estrafalaria versión de los hechos (sin duda resultado de una horrible conmoción) y, además, no querían que nadie lo fotografiara. La espantosa imagen de un inspector sin párpados acabaría en la primera plana de los periódicos de todo el mundo.

La redada en Parker Place solo había despertado críticas positivas hasta el momento: casi cincuenta delincuentes apresados, la mitad de ellos inmigrantes ilegales en el país. A esos veinticinco los expulsarían, mientras que la otra mitad recibiría largas condenas en prisión. El derrumbamiento de los edificios se atribuyó a un almacén de explosivos oculto por los criminales. Por último, nunca descubrieron en el lugar a los tres bebés «noruegos de ojos

azules». Los vecinos achacaron los rumores de secuestro a las emanaciones nocivas del nerviosismo europeo, que siempre se inflamaban a un barrio de distancia de Red Hook.

Malone se curó lo mejor que pudo y, con el tiempo, llegó a comprender que debía abandonar el cuerpo de policía. No se imaginaba entrando en otro edificio, en otro bloque urbano, sin tirarse al suelo presa del pánico. Sus superiores no se imaginaban a nadie confiando en un policía con una deformidad facial tan llamativa.

Los especialistas del Hospital Metodista de Nueva York diseñaron unas gafas que tendría que llevar durante el resto de su vida. Se le entregó también una solución con la que irrigarse los ojos a lo largo del día, de modo que conservaran la humedad, y evitara el dolor y una potencial ceguera. El primer par de gafas tenía cristales transparentes, lo que creaba un efecto de lupa cuando se las ponía, así que fabricaron otras con cristales más oscuros, y eso se consideró aceptable. Evitaba a los viandantes la imagen de un hombre que jamás podría volver a cerrar los ojos.

Justo antes de darle el alta, metieron a toda prisa en su habitación a un cirujano de la policía al que habían llamado para pedirle consejo sobre los ojos de Malone. Le habló de un pueblo llamado Chepachet, en Rhode Island, en el que el cirujano tenía familiares: un lugar tranquilo, no urbano, lo más lejos que podía alejarse de Red Hook sin dejar de disfrutar de las ventajas de la civilización. Un especialista de la cercana Woonsocket podía reunirse con Malone y hablar con él mientras continuaba con su recuperación. La policía cubriría los gastos de su estancia, lo que daba a entender que se trataba del sitio al que se retiraría para su jubilación. Si desaparecía, la ciudad de Nueva York le pagaría las facturas. Malone aceptó el trato.

No obstante, como siempre sucede, la historia se filtró. Lo que finalmente llegó a la prensa fue una mezcolanza de verdades. Un hombre llamado Robert Suydam entró en contacto con los elementos más peligrosos de Red Hook, en Brooklyn. Suydam, un antiguo miembro de la alta sociedad atraído por la cultura del crimen y el terror, acabó corrompido por ella, y se perdió en una trama de tráfico de personas y secuestro de niños. El anciano presentó batalla por última vez en una casa de vecinos de Parker Place, y a la policía no le quedó otra alternativa que tomar el edificio. Tras un tiroteo, los endebles edificios se derrumbaron y mataron a Suydam, un detective privado y seis valientes miembros del cuerpo de policía de la ciudad de Nueva York.

Esa fue la historia completa que llegó a imprenta. Al final, incluso la memoria de Malone se vio afectada. Cuanto más tiempo pasaba en

Chepachet, cuanto más se reunía con el especialista de Woonsocket, más dudaba de sus recuerdos del villano conocido como Tom el Negro. ¿No habría sido Robert Suydam el que, desde el principio, había comandado aquellas horribles fuerzas? ¿Quién si no un hombre con riqueza y educación podría haber estado preparado por naturaleza para el liderazgo? Eran las preguntas que le planteaba el especialista, y ayudaron al inspector a darle nueva forma a su comprensión de lo sucedido. Nadie podía culparlo por permitir que su mente alterara la verdad de semejante modo. Robert Suydam, Satanás en persona, había asesinado al señor Howard y a seis agentes, y había dejado a Malone herido de suma gravedad. Sin embargo, como prueba innegable de la justa naturaleza de Dios, el subalterno negro de Suydam se había vuelto contra él y le había cortado el cuello. Por muy terrible que fuera, ¿no era aquello lo más probable? Los negros no eran tan taimados, según le explicó el especialista. Su simpleza era tanto su suerte como su maldición.

Cuando empezó con las visitas al especialista, Malone podía contraatacar con la pregunta más obvia: entonces, *¿por qué no habían encontrado el cadáver del negro entre los escombros?* Sin embargo, el doctor restaba importancia al problema. ¿Acaso no estaban todavía limpiando la zona, dos meses después? Tarde o temprano aparecería el negro. Y, por supuesto, eso era lo que más temía Malone.

—Estás a salvo —le dijo el especialista durante una de las sesiones—. ¿Qué es lo que ensombrece así tu ánimo?

—El negro —contestó él, aunque no era una respuesta satisfactoria.

Aquel hombre quería una historia, la misma que habían contado los periódicos y todos los agentes con los que Malone había estado en contacto. Era imposible imaginarse un universo en el que el cuerpo al completo de la policía de Nueva York no fuera capaz de derrotar a un negro con una navaja. Imposible. Así que, al poco tiempo, Malone estaba deseando que lo convencieran. Empezó a recordar a medias extraños estados oníricos en los que bajaba al sótano de Red Hook y encontraba un portal a otro mundo, a un lugar infernal, y allí vio el mal en todas sus expresiones, pero no a un Rey Dormido, no al Rey Dormido. Robert Suydam también estaba en el sueño, y había un pedestal tallado en oro, y se desató el caos y, de algún modo, Malone se salvó. El especialista parecía contento con aquella narrativa, que resultaba mucho más digerible; aseguró a los agentes de la policía y al despacho del alcalde que el inspector hacía grandes progresos.

Malone se acomodó a su vida en Chepachet y redescubrió poco a poco su interés por lo arcano y lo profundo. El departamento de policía le había

enviado algunos objetos, los efectos personales que guardaba en su escritorio de la comisaría de la calle Butler y otro objeto del sótano de Parker Place: su cuaderno. Cuando lo sostuvo en sus manos, fue como el temblor del primer beso después de pasar largo tiempo separado de su amor verdadero. La tapa todavía estaba cubierta de polvo, y el libro olía un poco, ligeramente, a agua de río. Al repasar las páginas, sintió que una parte de sí mismo más vieja, más segura, se fortalecía. Pero entonces, en la última página, vio las palabras que había garabateado aquel día, en Red Hook: «Gorgo, Mormo, la luna de las mil caras». No obstante, no flaqueó por eso, sino por una serie de palabras transcritas en el orden en que las había leído. El Alfabeto Supremo.

*Solo queda una letra más por escribir, aunque no me vendría mal un poco más de sangre. ¿Te gustaría ayudarme?*

Malone apretó el cuaderno con fuerza en un espasmo involuntario y se sintió transportado de vuelta a Parker Place, con los ojos ensangrentados y la cara ardiendo, y el negro inclinado sobre él. Le susurró algo al oído. Después mojó un dedo en la sangre y lo movió entre los escombros. El Alfabeto Supremo escrito en crúor. El inspector casi lograba vislumbrar la última letra, que en realidad eran tres palabras cortas garabateadas en el suelo del sótano. Las mismas palabras que estaban en la cubierta del libro que Charles Thomas Tester le había llevado a Ma Att hacía ya tanto tiempo.

Aunque el recuerdo le provocó náuseas, se vio girando la cabeza, inclinando la oreja derecha unos centímetros, como si deseara oír las últimas palabras de Tom el Negro. ¿Qué era? Solo una línea. Pero allí, en la casita de Rhode Island que se había convertido en su nuevo hogar, no daba con ella.

De ese modo, su modesto espacio empezó a agobiarlo como nunca antes en los meses que llevaba en él. Temía que las paredes de la casa se derrumbaran y que el tejado se le cayera encima. Contra la pared veía a los seis agentes, alineados como en la caja de la escalera momentos antes de disparar a Tom el Negro. Los veía soltar las armas y taparse los oídos para protegerlos del tremendo eco de sus disparos. Y entonces Tom aparecía en lo alto de las escaleras, como si acabara de llegar del exterior, y recorría la fila de policías, justo detrás de ellos, para cortarles el cuello uno a uno, los agentes tan confusos que ni siquiera se percataban de que estaban muertos.

Y, justo después, al pie de aquellos mismos escalones, Tom el Negro emitió un sonido extraño pero familiar —un tono largo y grave—, y una ráfaga de aire fétido recorrió el sótano. Ni siquiera necesitaba la protección de la biblioteca de Suydam para atravesar el tiempo y las dimensiones. Se había

convertido en un viajero de las estrellas sin necesidad de nave. Entonces, el negro antes llamado Charles Thomas Tester cruzó el portal. Salió.

Al recordar todo aquello, Malone fue incapaz de permanecer dentro de su cabaña. Corrió afuera, aunque seguía sintiéndose desprotegido. Caminó por la calle de Chepachet, salió de la aldea y llegó al pueblo cercano de Pascoag, algo más urbano, con su centro diminuto y su puñado de edificios más altos. Se dijo que había ido a comprar algunas revistas y, quizá, comer algo, pero nada de eso era cierto. Se sentía perseguido, acosado, aunque no entendía qué podría estar pisándole los talones. Había arrancado de cuajo las historias que su especialista y él habían usado para disimular la verdad.

Thomas J. Malone recorrió la avenida Sayles y no tardó en llegar a la calle principal. Debía de presentar un aspecto extraño para los demás viandantes: un hombre alto y nervioso con unas enormes gafas oscuras. Más raro aún resultó cuando, en la calle principal, se volvió para mirar el edificio más alto del centro de Pascoag. Alzó la vista y cayó al suelo profiriendo unos alaridos tan horribles que el caballo que pasaba por allí tirando de su carro se encabritó, y a su dueño le costó una barbaridad detener al aterrado animal. Los peatones se reunieron en torno al hombre, que miraba a los cielos. Preguntaron por él (enviaron a un chiquillo a buscar al *sheriff* de la localidad), pero el hombre se limitaba a contemplar el horizonte con la boca abierta, y le temblaban los labios como si estuviera a punto de echarse a llorar. ¿Qué había sucedido?, se preguntaba la multitud en voz alta. ¿Qué había visto? Muchos le restaron importancia al asunto pensando que se trataba de un borracho o un loco, pero unos cuantos, las almas más sensibles, siguieron su mirada. Por un momento, atisbaron un rostro abominable entre las amenazantes nubes. Todos ellos vieron lo que había visto Malone, la criatura que lo había tirado al suelo. Un par de ojos inhumanos los contemplaban desde las alturas, relucientes como las estrellas. En aquel preciso instante, Malone por fin oyó las últimas palabras susurradas por Tom el Negro en el sótano:

*Prefiero mil veces a Cthulhu que a vosotros, demonios.*

Entonces, el inspector volvió en sí y, al darse cuenta de que había montado una escena, se disculpó ante los conciudadanos allí reunidos. Después de dar explicaciones al jefe de policía, regresó a su cabaña de Chepachet y, durante una temporada, fue el protagonista de todo tipo de cotilleos en el pueblo vecino.

Tom el Negro entró en la Sociedad Victoria y eligió una mesa en el comedor, una cerca de las ventanas que daban a la calle 137. En cuanto llegó, se metió la navaja en el bolsillo y se quitó la chaqueta y el chaleco. Se había limpiado un poco, aunque eso apenas ayudara: todavía tenía los pantalones cubiertos de tierra reseca y manchados de sangre oscura, y en la camisa se veía tanto sudor que se le pegaba a la piel. Aun así, le permitieron entrar. El portero lo temía.

Tom el Negro se sentó en el comedor y, como era última hora de la tarde, el resto de las mesas estaban vacías. De espaldas a todo, se quedó mirando la puesta de sol sobre Harlem y escuchando el rumor del hervidero de actividad en las aceras y las calzadas.

Cuando llegó Buckeye, Tom ya tenía un plato de comida delante. No había probado nada. Su amigo pidió otro plato (una comida preparada por una mujer puertorriqueña, esta vez) y no miró al otro hasta haber comido dos alcapurrias. El portero había dado aviso de que el amigo de Buckeye estaba en la Sociedad Victoria y tenía un aspecto pero que muy raro.

—He oído lo de tu padre —comentó después de tragar.

—¿Mi padre? —repitió Tom, como si se le hubiera olvidado que había tenido uno.

—¿Dónde has estado, hombre? —le preguntó Buckeye, tras dejar el tenedor—. ¿Qué te ha pasado?

—Ya te enterarás —respondió el otro con calma—. Saldré mañana en los periódicos. Es probable que durante una semana entera. Después pasarán a otra cosa.

Buckeye observó a Tom el Negro en silencio. Llevaba el tiempo suficiente metido en trapicheos como para percatarse de que a veces es mejor no preguntar si no deseas acabar después en un juicio.

—He hecho algo grande, más grande de lo que nadie entenderá durante un buen tiempo. Pero es que estaba muy enfadado.

Su amigo asintió, le dio unos bocados al mofongo y puso todo su empeño en no inquirir al respecto.

—Yo era un buen hombre, ¿verdad? Quiero decir que no era como mi padre, pero tampoco hice daño a nadie. No de verdad.

—No, es cierto —coincidió Buckeye mientras miraba a su amigo a los ojos—. Siempre fuiste buena gente. Lo sigues siendo.

Tom el Negro esbozó una débil sonrisa, aunque negó con la cabeza.

—Cada vez que me acercaba a ellos actuaban como si yo fuera un monstruo, así que me dije: «¡A la mierda! Seré el peor monstruo que hayáis visto».

Los comensales recién llegados a las mesas cercanas se volvieron para mirarlo, pero ni él ni Buckeye se dieron cuenta.

—Pero me olvidé —añadió Tom en voz baja—. Me olvidé de todo esto.

Examinó las mesas de hombres y mujeres que comían en la Sociedad Victoria. Señaló la hilera de ventanas que daban a la calle 137.

—Aquí nadie ha pensado nunca que sea un monstruo. Así que, ¿por qué me fui corriendo a otro sitio para que me trataran como a un perro? ¿Por qué no podía ver las cosas buenas que ya tenía? Malone me dijo que había puesto en peligro a mi padre, y tenía razón. También es culpa mía. Lo utilicé sin pensármelo dos veces.

Tom el Negro metió la mano en el bolsillo y sacó la navaja. Buckeye echó un vistazo rápido a su alrededor, pero a Tom no le importaba que lo vieran. Abrió la navaja. La hoja parecía cubierta de gelatina. Su amigo sabía lo que era. Tom dejó el arma en la mesa, y Buckeye la tapó con una servilleta.

—Tenemos que librarnos de eso —le advirtió mientras contemplaba la forma bajo la tela—. Deberías haberlo hecho antes de entrar aquí.

—Los mares se alzarán y los océanos se tragarán nuestras ciudades —dijo Tom el Negro—. El aire se calentará tanto que no podremos respirar. El mundo se rehará para Él y los Suyos. Aquel hombre blanco temía la indiferencia; bueno, pues ahora sabrá lo que se siente.

»No sé cuánto tardará. Nuestro tiempo y su tiempo no se cuentan igual. ¿Puede que un mes? ¿Cien años? Todo esto pasará. Barrerán a la humanidad de un plumazo. La Tierra volverá a pertenecerles, y será por mí. Por Tom el Negro. Les he entregado el mundo.

—¿Quién coño es Tom el Negro?

—Yo.

Buckeye examinó de nuevo el comedor; después agarró la servilleta con la navaja y envolvió la hoja en la tela.

—Tú te llamas Tommy Tester. *Charles Thomas Tester*. Eres mi mejor amigo y el peor cantante que haya escuchado jamás.

Los dos hombres se rieron con ganas y, por un breve instante, Tom el Negro tuvo el mismo aspecto que no hacía tanto: un muchacho de veinte años lleno de alegría.

—Ojalá me hubiera parecido más a mi padre —dijo—. Él no tenía gran cosa, pero nunca perdió su alma.

Buckeye se había apartado un poco de la mesa y se toqueteaba la bota derecha para intentar colar dentro con disimulo la navaja. La tiraría al río después de acompañar a Tommy a casa.

—No sé si algún día recuperaré la mía —susurró Tom.

Se levantó de la mesa y se acercó a una ventana. La abrió. A las 4:13 p.m., los habitantes de Harlem en un radio de tres manzanas informaron de un extraño ruido dentro de la cabeza y de unas repentinas náuseas. Antes de que nadie en la Sociedad Victoria se percatara de lo que sucedía, Tom el Negro salió por la ventana. Buckeye se giró a tiempo de verlo saltar, aunque nunca encontraron su cadáver. Zig zag zig.

# Notas

[1] Tanto aquí como más adelante lo que canta Tommy es la letra de *Grinning In Your Face*, de Son House. [N. de la T.] <<